

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

Madrid 12 rs. el trimestre.

Redaccion, calle del Espejo, número 17,
cuarto principal.

Provincias 15 rs. el trimestre.

En casa de los comisionados ó mediante
libranzas.

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en
la Biblioteca de Medicina y Museo cien-
tífico, con la rebaja de un 10 por 100 de
sus precios.



RESUMEN.

MADRID. Necesidad de tarifas legales para los honorarios de los facultativos.—FLORES MÉRICA. Cartas al Dr. Nieto sobre su crítica de mi Tratado de la razón humana.—PRENSA MEDICA. TERAPÉUTICA. Inflamaciones cutáneas: sulfato de hierro.—OBSTETRICIA. Hidrorrea de las mujeres embarazadas: patogenia de esta afección.—PATOLOGIA INTERNA. Púrpura: consideraciones sobre esta enfermedad.—Delirium tremens: espectación en esta enfermedad.—ANATOMIA PATOLÓGICA. Lombrices en el hígado.—QUÍMICA ORGÁNICA. Vivianita: su formación en el organismo vivo.—PRENSA FARMACÉUTICA. Quinina de A. Labarraque.—PARTE OFICIAL. REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. MONTE-PIÓ FACULTATIVO. Secretaría general.—VARIÉDADES. ACCLIMATACION.—Almanaque médico del mes de febrero.—Sesiones científicas de los facultativos de la hospitalidad domiciliaria.—CRÓNICA.—ESTADÍSTICA DE LOS PARTIDOS.—VACANTES.—ANUNCIO.—CORRESPONDENCIA.

Madrid 30 de Enero de 1859.

NECESIDAD DE TARIFAS LEGALES

PARA LOS HONORARIOS DE LOS FACULTATIVOS.

¿Los honorarios de los facultativos pueden sujetarse á tarifa? No faltará quien sostenga que los servicios médicos son inapreciables; que la remuneración que por ellos se satisface, no puede considerarse sino como una señal de agradecimiento; que por espléndida que sea, nunca basta á borrar la deuda contraída, y que aun esta cantidad que se dá en significación de reconocimiento, no tiene en manera alguna límites fijos, siendo libres los profesores de atenderse ó no á las costumbres establecidas, ó de exigir otra cualquier retribución en que aprecien sus servicios bajo el concepto espuesto. Otros, por el contrario, supondrán que la asistencia médica, considerada como el ejercicio de una profesión, debe tener un valor más ó menos fácil de calcular aproximadamente, y que una vez satisfecho, queda el enfermo enteramente libre de su deuda para con el facultativo, como sucede con todas las demás cosas que se pagan.

A la verdad, hay razones en favor de una y otra opinión; porque en el ministerio del médico hay tambien dos partes que conviene distinguir. Hay por un lado un servicio puramente intelectual, un consejo dado en circunstancias determinadas, y arreglado á los preceptos de una ciencia, que ha sido preciso adquirir á costa de grandes desvelos y fatigas. Este es un trabajo, que como todos, tiene su valor proporcional con los demás que concurren á poner en movimiento la gran máquina social; análogo al del abogado, al del ingeniero, al del escultor, y aun á los que constituyen las artes mecánicas. Además, este trabajo es más ó menos útil segun la disposición intelectual del que le ejecuta, así como una misma semilla dá fruto diverso en cantidad y calidad, segun el terreno en que germina. Esto, en nuestro concepto, constituye otro elemento del valor, aunque algunos socialistas que han escrito de economía política sostengan lo contrario. Todo el mundo reconocerá que es justo pagar más caro un consejo que proporciona mayor utilidad, aunque en virtud de la disposición natural del que le dá, le haya costado poco trabajo adquirir la aptitud científica necesaria. En una palabra, no se puede atender solo á la cantidad del trabajo, sino á su calidad, por más que duela esta distinción á ciertos reformadores, á quienes estorba para sus utopías de igualdad. El trabajo de los individuos de una profesión representa un valor

dado, segun su calidad y cantidad, y este valor se deduce comparando las diversas profesiones entre sí, y las circunstancias particulares de los que las profesan, y estableciendo la debida proporción.

Tenemos, pues, que la medicina considerada solo como profesión, tiene indudablemente un valor, como la jurisprudencia y las bellas artes, y que este valor debe ser relativo al trabajo que exige, y al mérito de sus individuos en particular. Puede fijarse aproximadamente, y así se ha hecho siempre, y se sigue haciendo todos los días, cuando en cuestiones legales ó de otro género, ocurre practicar valuaciones de honorarios. Empero es bueno advertir que semejante tasa no debe considerarse como absolutamente obligatoria. Cada cual es dueño de apreciar su trabajo y su mérito, y esta libertad se deja en el estado actual de nuestra sociedad á todas las profesiones y á todas las industrias. La única condición que para usar de ella es racional exigir, consiste en que cuando se quiera dar un valor excepcional al servicio, se advierta antes de prestarlo. El que dá su trabajo sin advertir su precio, se entiende que acepta la costumbre establecida, y no debe quejarse de que se haga su valuación conforme á la medida proporcional que rija para casos análogos. Así se concilia la justicia, que aspira á poner en su lugar los merecimientos de cada uno, con la libertad de conformarse á las fórmulas de esta justicia, establecidas como regla general y aplicadas por personas competentes.

Segun esto, los servicios médicos en general debieran tener un valor dado, y sin embargo, se vé que este valor varía segun las clases á quienes se presta, y que semejante variación se ha admitido en todos tiempos y en todas partes, como una cosa equitativa. ¿Por qué esta diferencia? El valor de un cuadro ó de otra obra de arte, no varía porque sea un pobre ó un rico el que le haya de satisfacer. Y no se diga que esto depende de que la medicina es una cosa necesaria para todos, y un objeto artístico no; porque lo mismo sucede con todos los productos del comercio y de la industria, hasta los más indispensables para la vida. Aun la administración de justicia se obtiene satisfaciendo derechos, que son iguales para todas las clases, con la sola excepción de los absolutamente pobres, á quienes nada se cobra porque no pueden pagar.

Semejante distinción puede explicarse hasta cierto punto por el desigual valor que se calcula á los servicios prestados. Como la diversidad de dotes intelectuales y la mayor ó menor modestia de los profesores, ha de hacer siempre que unos presten su asistencia por menos retribución que otros, de aquí es que pueda conciliarse con la libertad la fijación de derechos diversos, segun la clase y posición de los individuos que los han de satisfacer. La asistencia á un pobre se calcula en un precio poco considerable; porque admitida esta costumbre, ya sabe el que la toma á su cargo que, ó realmente se estima en menos, ó sacrifica sus pretensiones por modestia ó por caridad, viniendo á hacer una verdadera limosna. Así se explica en parte la anomalía de dar distintos valores á una cosa, no por modificaciones que afecten á la cosa misma, sino considerando solo la persona que la recibe.

Sin embargo, no por eso queda enteramente resuelta la dificultad. Un mismo profesor, sin apreciar sus servicios de distinto modo, tiene la costumbre de exigir se le retribuyan proporcionalmente á la fortuna de los sujetos, y esta prác-

tica se ha considerado siempre como justa, anticipándose los clientes á establecerla, y pagando cada uno á sus médicos con arreglo á sus facultades, con lo cual reconocen implícitamente una especie de obligación de proceder así. Hay, pues, en la índole de los servicios algo que altera su valor, segun la persona que los recibe, y este carácter es el que debe examinar con cuidado todo el que trate de discutir la conveniencia de establecer una tarifa médica.

Hasta aquí hemos considerado la asistencia médica como cualquier otro servicio científico ó artístico, como obra del entendimiento, como producto del trabajo, y los caracteres que nos ha ofrecido bajo este punto de vista, le son comunes con los demás trabajos artísticos y científicos, salvas las diferencias nacidas de su especialidad. Pero hemos visto que esta clase de servicios, no solamente reciben su valor de la persona que los dá, sino de la que los recibe; y esto consiste en que entran en ellos, además de la ciencia y el trabajo, el celo, la abnegación, el afecto, prendas morales que no se venden, sino se dan; que no se pagan, sino se premian. Bajo este aspecto, la profesión médica es en cierto modo doméstica y personal; há lugar al agradecimiento por los favores que dispensa, y este agradecimiento no puede menos de significarse con arreglo á la fortuna y posición de cada individuo. No se debe agradecimiento al mercader que nos proporciona un objeto de comercio, al fabricante que elabora sus artefactos para el público, ni aun al autor de un libro que difunde los conocimientos más preciosos; porque en todos estos servicios no media una intención personal: el agradecimiento en todo caso debería ser colectivo; pero el individuo no se siente obligado sino por lo que le afecta particularmente.

Ahora bien, si la asistencia médica en cuanto trabajo profesional, es susceptible de valoración de la misma manera que los demás de su especie, ¿lo será tambien en cuanto servicio personal? ¿Podrá establecerse una tarifa que comprenda ambos extremos? La costumbre en este segundo caso puede ser ley como en el primero. Dejando igualmente á salvo la libertad del profesor de la manera que dejamos espuesta, nada se opone á que pueda verificarse una valuación más ó menos aproximada, que sirva de tipo para los casos que ocurran. De este modo se sujetará á medida, no solamente lo que pudiera llamarse el valor absoluto de la asistencia facultativa, sino hasta la expresión del agradecimiento que los usos consagran en cada clase de la sociedad; debiéndose siempre proceder en armonía y justa proporción con el valor concedido á otros servicios profesionales y artísticos; sin que por eso se entienda en ningún caso satisfecha la deuda de gratitud que haya podido contraer un cliente respecto de su médico; la cual variará segun la asiduidad, esmero, caridad y amor con que haya este acudido á socorrerle, ayudándole á recobrar los más apreciados bienes de este mundo, la vida y la salud.

Probada ya la posibilidad de una tarifa, á lo menos en circunstancias dadas, ó sea para localidades circunscritas, en que los extremos no disten entre sí de tal manera que sea imposible fijar términos medios equitativos; poco tendremos que añadir, para probar la utilidad de que se ocupen en semejante trabajo el gobierno y sus cuerpos consultivos, encargados de ilustrarle en esta especialidad. Desde luego los servicios prestados en los casos de medicina legal necesitan

una tarifa especial, que sirva para indemnizar si- quiera á los profesores del tiempo y del trabajo empleados en asuntos de interés público. Respec- to de este punto es escusado insistir, porque á nadie se oculta que solo desconociéndose, como se ha desconocido hasta ahora, la obligacion de pagar al facultativo, ha podido prescindirse de fijar una regla para efectuar estos pagos.

En cuanto á la asistencia que los profesores prestan de su cuenta y particularmente, con- viene tambien que esté arreglada á tarifa, por dos razones: 1.^a, porque este documento sirve para deslindar los servicios de los facultativos, y establecer cierto tipo que llegue de antemano á conocimiento de todos, evitando muchas dudas y dificultades en el ejercicio de la profesion; y 2.^a, porque en los casos de tasacion de hono- rarios, tienen así las comisiones á quienes esta se confía, una regla á qué atenerse, y no se dá lugar á procedimientos arbitrarios, variables segun los sujetos, y que originan muchas veces quejas y recriminaciones por una ú otra parte.

Si al menos existieran colegios médicos en to- das las poblaciones importantes, estos podrian encargarse de las tasaciones de honorarios, adop- tando alguna regla, que probablemente seria equitativa y constante, atendida la calidad de estas corporaciones. Pero no sucediendo así, rei- nando la mayor incertidumbre sobre el modo de proceder en caso de necesidad á la tasacion de los honorarios devengados por los facultativos, se hace más necesaria todavía la adopcion de ta- rifas debidamente autorizadas, y que nadie pueda recusar. Esto prescindiendo de la otra ventaja de las tarifas, de regularizar la opinion acerca del verdadero valor de todos los casos é incidentes que ofrece la asistencia médica.

La tarifa médica no podría menos de variar considerablemente segun las localidades. Así es que debería empezarse formándola en particular para cada una de las de mayor importancia, y hacerse despues extensiva esta reforma hasta para los pueblos de corto vecindario. Mientras no se introduzca la costumbre de pagar en estos la asis- tencia facultativa de un modo justo y decoroso, prescindiendo de esas obligaciones mancomunadas, en las que encuentra el profesor, en cambio de la seguridad garantida por las corporaciones municipales, una verdadera servidumbre; no se elevará la profesion á la altura que la compete, ni cesarán las lamentaciones de los facultativos por la falta de consideracion con que se los trata, sobre todo en los pueblos pequeños.

Las tarifas en estos tendrian la saludable in- fluencia de hacer apreciar los servicios facultati- vos y de contribuir en algun modo á facilitar la emancipacion de los profesores de los contra- tos que suscriben; la cual es una de las reformas que más podrian influir en el porvenir de las cla- ses médicas, y que la fuerza de los acontecimien- tos ha de traer al fin de un modo necesario. No pueden ser independientes los facultativos, ni per- cibir una retribucion proporcionada á su trabajo, mientras deban su permanencia en un pueblo á la aquiescencia de personas, que creen hacerles con ella un gran favor, y mientras estas mismas per- sonas tengan el poder discrecional de tasarles sus honorarios é imponerles condiciones.

Abandonamos estas mal coordinadas ideas al juicio de nuestros comprofesores, y especialmente al de aquellos que puedan influir en su realizacion por parte del Gobierno, en la forma y con las modificaciones que se crean oportunas, en el caso de que les parezcan, como á nosotros, un medio más de contribuir al decoro y bienestar de las clases médicas.

Dr. Resano.

FILOSOFIA MÉDICA.

Cartas al Dr. Nieto sobre su critica de mi TRATADO DE LA RAZON HUMANA.

CARTA SEGUNDA.

Madrid 17 de enero de 1859.

Muy Sr. mio, amigo y respetable comprofesor: Tambien siento yo muchísimo no poder ser en mi réplica más breve. Pero á mi me sucede lo que á M^d. de Sevigné; soy largo porque me escasea el tiempo. Esa escasez me impide casi siempre escribir *multa paucis*.

Yo no puedo contestar á una afirmacion seca de Vd., con una negacion mia, tambien seca. Ni Vd. se convenciera, ni se convenciera el público. Sirvase Vd., pues, resignarse; yo por mi parte procuraré no decir más que lo preciso, en prueba de lo cual entro sin más preámbulo en materia.

Reconozco como el primero el derecho que á todos asiste de juzgar una obra que se estampa, y el de juzgarla al tras- luz del prisma doctrinal que cada uno tenga para la forma- cion de sus juicios. Mas este derecho no deroga el que asiste á su vez al autor del libro, á que se esponga con claridad y exactitud lo que de él se estracte, á que no se le trunquen los pasajes y no se le atribuyan ideas y doctrinas que no profese. Toda la libertad que se quiera en el juicio; pero en la esposicion de lo escrito, copia seca al daguerreotipo.

El extracto que ha hecho Vd. de mi obra es breve, si, pero no es cabal ó exácto; y en verdad que era muy fácil estrac- tarla, sin haber hecho más que apuntar parte del resumen puesto al frente de cada una de las lecciones.

En el primer párrafo de ese extracto, ya tropiezo con in- exactitudes notables.

En las cinco primeras lecciones resumidas tan lacónica- mente por Vd. en ese párrafo, he examinado las definicio- nes de la razon que se encuentran, no en los *diccionarios*, como Vd. dice, sino en el de la Academia y dos enciclope- dias, y no en las obras de los filósofos antiguos y modernos, como dice Vd. tambien, sino en las de algunas de ellos.

He examinado, por otra parte, algo más que definiciones; me he metido en honduras, combatiendo y refutando varios sistemas psicológicos, y en especial de los *yoistas* Kant, Jou- froy, Maine de Biran y Coussin, probando hasta la última evidencia que lo que han dicho de la *razon*, del *yo*, y de la *conciencia*, no puede servir para la práctica, no sirve para distinguir á los cuerdos de los locos.

Pero ya que se ha detenido Vd. tan poco en esas cinco lecciones, no las menos importantes de mi libro, y que son algo más que exámen de definiciones, no debía Vd. concluir el párrafo formulando mi opinion sobre todas aquellas del modo como lo ha hecho. Las dos comas puestas al principio y al fin de lo que Vd. supone que yo digo, dan á entender que es un pasaje tomado al pie de la letra de mi obra, y eso no es así. En mi *Tratado* no hay tal pasaje. Temiendo que me fuese infiel la memoria, le he vuelto á leer y no he po- dido dar con él.

Yo no hablo de *asesinatos jurídicos* sino al refutar la de- finicion del *Diccionario de la Academia*, y del modo como allí lo digo, al como me lo hace Vd. decir, hay notable diferencia.

Tampoco le sobra exactitud al párrafo 2.^o No hablo to- davía en la sexta leccion de las facultades del hombre. Resumo las anteriores, contesto por vía de digresion á un periódico retrógrado que me dió una dentellada, en lo cual obtuve de mi auditorio las más lisonjeras muestras de sim- patia, y en seguida digo por qué todas las escuelas filosófi- cas han definido mal la razon humana; espongo las clasifi- caciones de las facultades psíquicas de una multitud de auto- res antiguos, de la edad media y modernos; señalo los defectos de todas, que en efecto, son las que Vd. ha indi- cado, y concluyo por decir que ninguna sirve para distinguir á los cuerdos de los locos.

El tercer párrafo no está menos inexacto. Dice Vd. que paso luego á investigar analíticamente las facultades del hombre, y que adopto como único medio posible la *observa- cion fisiológica*.

Con la leccion 7.^a empiezo por establecer las condicio- nes que debe tener una buena clasificacion de las facul- tades humanas. Proclamo el método *à posteriori* como el mejor para su estudio: refuto á los que no le creen aplica- ble á la psicologia, y luego realizo dicho estudio, analizando todos los fenómenos que se observan en el hombre, desde que es fecundado el óvulo de que procede, hasta que muere de vejez.

Tenemos, de consiguiente, que adopto el método analí- tico no como el *único medio posible*, sino como el *método mejor*. Hay otros *medios posibles*; no los niego. Lo que niego es que sean buenos, que sean mejores que el *à poste- riori*, que el analítico, que el experimental; siquiera se trate de estudiarse á sí mismo.

Lo que si tengo por *imposible*, es que haya nadie que se examine bien á sí mismo, si no lo hace del propio modo con que examina á los demás y los demás objetos; lo cual le demostraré á Vd. á su debido tiempo; puesto que usted opina lo contrario, y ha tratado de rebatirme sobre este punto.

Tampoco he dicho que sea el *único medio posible la obser- vacion fisiológica*. Este adjetivo no califica un método, no le dá carácter esencial ó filosófico. Lo más que eso puede sig- nificar es que la observacion ruende sobre actos de la vida, como seria *física*, si versara sobre la naturaleza; *astronómi- ca*, si sobre los astros, etc.; mas ya comprende Vd. que nada tiene que ver con la marcha radical de un método de estudio. El método no se divide en *físico*, *fisiológico*, *patoló- gico*, etc.; se divide en *analítico* y *sintético*.

Tambien hay inexactitud y hasta error, dando á entender con esa frase que Vd. usa en *mi sentir*, que no me separo de los demás filósofos en el modo de estudiar las facultades del hombre. No solo es en *mi sentir*, sino en el de todos los que me lean. Esta es una cuestion de hecho. Véase á todos los yoistas desde Descartes; véase á los demás filósofos antiguos y modernos. Cíteme Vd. á uno solo que haya buscado las facultades del hombre en todos los actos exteriores, tanto de este como de los irracionales, y que se haya fijado en todos los periodos de la vida.

En el párrafo 4.^o me estracta Vd. seis lecciones de un modo deplorable. Es imposible que nadie pueda formarse una idea cabal de ellas.

Verdad es que trato del movimiento molecular del huevo humano; que me pregunto á qué es debida su actividad; que con este motivo recuerdo mis doctrinas sobre la vida estensamente espuestas en el segundo tomo de mi *Exámen critico de la homeopatía*, donde hay una monografia de la vida, y que termino declarando que no hay fuerzas vitales diferentes en esencia de las físicas y químicas. Hasta aquí todo va bien; así pienso; esa es mi doctrina fisiológica.

Mas luego dá Vd. un salto tremendo, y callándose bu- nas cosas sobre las lecciones 7.^a, 8.^a, 9.^a, 10.^a, 11.^a y 12.^a, solo dice Vd. que en cuanto á la formacion de las ideas, *intento probar* que las primeras que aparecen son las par- ticulares y objetivas, y luego resume Vd. las clases á que yo reduzco las facultades del hombre.

Permitame Vd. que no me satisfaga ese modo de analizar una obra.

En esas seis lecciones, acerca de las cuales ha tenido usted á bien ser tan lacónico, creo que hay algo digno de que un crítico imparcial le dé más importancia y fije en ello la aten- cion. No me refiero á lo que digo sobre la animacion del feto, la vaguedad de las opiniones que sobre ello se cono- cen y lo incierto del asunto; ni á la materialidad de los es-

tudios fisiológicos que voy haciendo del sér humano en los diferentes periodos de su vida intrauterina y estrauterina, ni por último al resumen claro y terminante de los fenóme- nos elevados á la categoria de facultades, tanto en lo que tienen de comun, como en lo que ofrecen de diferencia fun- damental, ya particular, ya de especie.

¿No ha encontrado Vd. nada en esas lecciones, digno de mencion particular, ni aun en la suposicion que hago de una visita girada á un colegio para observar la multitud de apti- tudes industriales, artísticas y científicas y de caracteres morales de los hombres? ¿Lo ha callado Vd., porque no ha visto en ello una prueba irrefragable de cuán errados andan los filósofos hablando de las facultades intelectuales y afecti- vas en abstracto, y suponiéndoles una indivisibilidad absurda y altamente contraria á la naturaleza?

Si Vd. hubiese asistido al salon del Ateneo las noches en que espuse lo que pasa en un colegio, hubiera Vd. visto en el asentimiento del público, en el vivo interés con que me oia, la verdad de mis descripciones y el perfecto acuerdo que hay entre mi doctrina y lo que arroja de sí, y natural- mente, la observacion diaria, la esperiencia al alcance de cuantos no tienen en sus ojos catalejos que les alteren el color propio de las cosas.

¿Cómo no ha dicho Vd. al público, hablando de esas lec- ciones sobre las cuales ha pasado Vd. como sobre áscuas, que el estudio analítico del feto y del recién-nacido nos pre- senta los órganos de las funciones de nutricion perfectamen- te desarrollados, y que, sin embargo, hay escasos instintos, ningun sentimiento y completa ausencia de pasiones; todo lo cual es una prueba evidente de que no tienen estas su asien- to en las vísceras del pecho y del abdomen, como tan erra- damente lo han afirmado tantos filósofos y fisiólogos?

¿Cómo no ha dicho Vd. que esa escasa ó casi nula manifes- tacion de facultades afectivas igualmente que de las intelec- tuales, se halla en elocuente correlacion con el estado de la masa cerebral, la que apenas está desarrollándose en esas tempranas edades?

¿Le parece á Vd. indiferente y de poca importancia todo eso en la cuestion que se debate en mi obra? ¿Cree Vd. que no está ahí uno de los principales fundamentos de mi doctrina?

Un buen crítico se hubiera detenido en ello, tanto mas, cuanto más adversario, para dar otra significacion á los hechos, si no le hubiese gustado la mia; pero jamás hubiera pasado de largo, como si fuese una cosa que no valiera la pena de poner mientes en ella.

Ese estudio caracteriza mi obra, y por lo tanto, quien pre- tenda dar una idea cabal de mi doctrina, debe tener más en consideracion esas importantes lecciones, base del edificio, de lo que Vd. lo ha hecho.

Y ya que se ha fijado Vd. de un modo tan seco, por no decir brusco, en el origen de las ideas, ¿por qué, sobre mis reflexiones acerca de la concordancia entre la falta de ideas en especial generales y el escaso desarrollo de la masa en- cefálica que se advierte en los primeros años de la existen- cia, no se ha detenido Vd. en la leccion importantísima que he dedicado al estudio del *desarrollo de la palabra* en los niños?

No creo que me ofusque el amor propio, si digo que esa leccion ha debido llamar profundamente la atencion de los hombres pensadores, tanto por la relacion íntima y trascen- dental que tiene con los sistemas de educacion, y los prime- ros pasos que se nos hace dar á todos en el modo de iniciarnos en el habla y personas encargadas de ello, como por la verdad evidéntísima que brota de mi análisis, respecto de las ideas que primero aparecen reveladas en los niños.

Todo lo que han dicho los filósofos sobre la prioridad de las ideas particulares, objetivas, concretas y las generales, subjetivas, abstractas, no es capaz de esclarecer el punto re- lativo al origen de esos fenómenos psicicos, de un modo tan resuelto, tan claro, tan patente y tan lógico como se desprende de los progresos sucesivos del habla en las infancias.

Allí se ve de un modo innegable que las primeras palabras que los niños pronuncian son las que se refieren á objetos determinados, accesibles á sus sentidos y correspondientes á percepciones; que los primeros verbos que emplean son igualmente objetivos, espresan acciones sensibles; que otro tanto sucede respecto de las demás partes de la oracion gramatical; que las voces abstractas, relativas á relaciones, á actos subjetivos, de reflexion, no accesibles á los sentidos, son ininteligibles para los niños, por lo cual no se valen de ellas para espresarse; tardan en valerse de ellas, lo que tarda en desenvolverse la reflexion, las facultades destinadas á la formacion de las ideas generales; y todo eso es una prueba irrecusable y evidéntísima de que no están organizados to- davía para concebir ideas generales, para apreciar relacio- nes, obra de la reflexion, de la comparacion, y la causalidad nula ó escásísima en edad tan tierna.

Y siendo eso así, como es realmente y como todos pueden observarlo á cada paso en los niños, resulta con evidencia probado que las ideas particulares *aparecen* primero que las generales. La cronologia y la lógica lo están diciendo á voz en cuello.

No digo más sobre este punto importantísimo que se va derecho á derribar por sus cimientos el platonismo tanto antiguo como germánico, porque es otro de los que Vd. in- tenta combatirme, y por lo tanto, volveré á ello á su tiempo y lugar, y le demostraré el error profundo de que le veo con dolor plagado hasta la médula de los huesos.

Mi objeto aquí no ha sido otro que manifestarle á Vd. la importancia y trascendencia de esa leccion, para sentir que no se haya fijado Vd. más en ella, llamando la atencion de los lectores del *Siglo* sobre la misma.

No digo nada sobre los párrafos 5.^o y 6.^o, porque el estrac- to de las lecciones á que se refieren puede pasar, aunque no se detiene Vd. como cumplia, en un punto tan cardinal, el más importante del libro, puesto que ahí es donde, ha- biendo ya dejado de ser refutativo, habiendo edificado sobre ruinas, se ve la arquitectura de mi escuela, tan diferente de todas las demás.

Habiendo analizado todas las facultades del hombre, ha- biendo visto lo que desempeña cada una, habiéndoles dado su nombre respectivo, y no habiendo hallado ninguna que pueda llamarse *razon*, que así se llame, era evidente y lógico concluir que la *razon* no es una *facultad*, sino un *estado* de las facultades del hombre, tanto más, cuanto que el sentido en que yo la he buscado es sinónimo de *cordura*, de un *estado responsable*, y harto es sabido que ese estado no pue- de constituirle ninguna facultad por sí sola; como no puede constituir por sí sola ninguna actividad de la vida orgánica, la salud física.

Mi definicion y los comentarios que hago de cada una de las palabras empleadas en ella son el resumen de mi doctri- na, y creo que merecian más esplanacion si Vd. queria que sus lectores tuviesen una idea más exacta de mi obra y de mis principios. Debía Vd., por lo menos, haber dicho

ademas, que despues de comentada la definicion que Vd. me copia, doy otra mucho más breve; diciendo que la *razon es el estado en el que el hombre tiene el poder de dirigirse*.

El párrafo 7.º es exacto, en cuanto a las ideas principales que Vd. me extrae; pero se hace notable ese temor que tiene Vd. de comprometerse; puesto que se vale, al indicar mis opiniones, de esas frases de reserva, *a su parecer, se propone probar, en su concepto*. Estas frases son protestas tácitas del espositor en las que se transparenta el crítico.

La base de mi doctrina descansa en los actos exteriores de los hombres en sus diferentes edades, y de los irracionales; ellos son no solo los mejores datos de las actividades interiores, sino los únicos accesibles a la observacion del sujeto; lo que ellos no revelen, no puede saberse si existe. Yo le reto a Vd. a que me cite una sola potencia, facultad, actividad, sea de la naturaleza que fuere, la que pueda revelarse de otro modo que por algun acto accesible a los sentidos y percepciones, inmediato o mediato. Cíteme Vd. el fenómeno que quiera, y yo le demostraré a Vd. que el sujeto llega a tener conciencia de él, del propio modo que llega a tenerla de lo que pasa fuera de su propia conciencia, que se siente y conoce como siente, y conoce todo lo demás.

Así como no es posible que se revele ninguna fuerza física ni química sin cuerpos, así tampoco puede revelarse ninguna fuerza fisiológica sin seres vivos, así tampoco lo puede ninguna potencia anímica sin una organizacion dotada de condiciones materiales para ello.

Tanto necesita el alma de un cuerpo para tener conocimiento de lo que no pertenece a este, como para tenerle de lo que le pertenece; para conocerse a sí mismo necesita reflejarse por medio del cuerpo, como para vernos la cara necesitamos mirarnos por medio de un espejo. Si no me engaño, eso mismo dice Balmes, y le cito a Vd. este autor, porque no me le recusará Vd. por materialista, así como pudiera citarle en igual sentido algunos doctores de la Iglesia.

Ese *parecer, pues, ese concepto, ese propósito* mios, no solo son mios, sino tambien de autoridades respetables, y lo será de todo hombre pensador, por poco lógico que sea, como no se asemeje al neo-platónico Plotino, que se avergonzaba de tener cuerpo, ó a la loca citada por Esquirol, que le pedía uno por haber perdido el suyo, ó a los que creen piamente ó con superstición en las travesuras ridículas de las almas sueltas y en el *substratum* de las potencias y fuerzas.

Sobre que Dios para redimirnos, para poder sufrir en el Calvario pasión y muerte, con ser el espíritu de los espíritus, tomó cuerpo, tomó la forma humana! He aquí una prueba flagrante de que mi psicología es un reflejo de la de Dios.

En el párrafo 8.º ya se olvida Vd. del modesto papel de espositor; ya le fatiga esa pasiva tarea, ya toma Vd. la del crítico, a pesar de haber dicho que aplazaba la critica para más tarde.

No solo se pregunta Vd. cuál es el órgano del alma, sino que afecta, por lo menos, dudar que lo sea el cerebro, puesto que dice Vd. que *pretendo probar* que lo es. ¿Pues qué? ¿Querrá Vd. que sea órgano del alma alguna otra entraña? ¿La alójará Vd. en esa especie de gaita zamorana llamada estómago? Ya sé yo que muchos la tienen ahí; son de este gremio todos aquellos *quorum Deus venter est*; pero Vd., filósofo kantista ó espiritualista, no ha de ser de esos sensualistas groseros.

¿Dará Vd. al alma por palacio, alguna inmunda asa intestinal? ¿Me la meterá Vd. en el parénquima del hígado, entre los cálices de los riñones ó en cualquiera otra viscera de las funciones nutritivas, no anímicas, como lo reconocen los mismos yóistas ó como deberían reconocerlo, puesto que rechazan de la psicología lo fisiológico, que nos abandonan a nosotros los médicos las hojas y cortezas, para quedarse ellos con el cogollo?

¿Acabará Vd. tambien por hacer lo que hacen los adversarios de mi doctrina, que tienen por materialismo grosero dar al alma por órgano el cerebro, y no tienen por tal darle el estómago, el hígado ó cualquier otra viscera del pecho y vientre, y que a fuerza de negaciones a cual más ridículas, vienen a reducir la entraña más importante de la organizacion a un órgano tan inútil como se consideraba en los tiempos de Aristóteles? Vaya, vaya. Menos escrúpulos de monja, mi querido doctor, que no es tan feo el coco como le pintan.

Ha llamado Vd. que he procurado indagar dónde reside el alma, que he mentado una infinidad de opiniones relativas a este oscurísimo punto, y que he tenido que reconocer la esterilidad de esa cuestion y ponerme, no al lado de los Titanes que quieren escalar ese Olimpo, sino al de San Agustín que declara eso incomprendible para el hombre.

He ido viendo qué órganos pueden prescindir de la accion del alma; he demostrado que no es su órgano la economia entera, que las potencias anímicas no dependen de la constitucion, ni del temperamento, ni de los sentidos, ni de las vísceras del pecho, ni de las del abdomen; y despues de todo eso, con pruebas más directas, con hechos y razones tomados de la anatomía y fisiología comparadas y humanas y de la patología, he puesto fuera de duda que es el cerebro el centro de las facultades psíquicas, refutando los errores de los que fijan el asiento de las pasiones en las entrañas.

En otra leccion he refutado a los que hacen objeciones a esta doctrina, y en especial a los que la acusan de materialista; por establecer que el cerebro no es un órgano único, sino múltiple, entrando antes en esa refutacion que en las pruebas anatómicas, fisiológicas y patológicas de esa multiplicidad, para quitarme estorbos, para despejar el campo de las prevenciones injustas.

Pruebo que mi doctrina está de acuerdo con el dogma, que no es materialista, que no multiplica las almas, que no materializa el espíritu, que no destruye la unidad del *yo* ó de la *conciencia*, que explica mejor ó se adapta más a la naturaleza espiritual de aquella, y concluyo esta parte indicando para qué clase de personas me empeño en rechazar esos cargos tan infundados como duros.

Luego sigo esta leccion, y en otras tres acabo de demostrar con hechos y razones de toda especie, y todas irrefragables, que el cerebro no es un órgano único, que hay tantos órganos, cuantas facultades fundamentales; refutando de paso las objeciones que se han hecho a esta filosofía.

Todo eso comprende lo que yo he escrito respecto de lo que indica Vd. en el párrafo 8.º de un modo tan lacónico y confuso, por preferir el papel de crítico refutador al de simple espositor de mis ideas.

Si soy ó no concluyente en mi demostracion, si pruebo ó no todo lo que sostengo, dígame el que me lea; díganlo los que me oyeron en el Ateneo; díganlo un anónimo que he recibido de Zaragoza, en el cual se dice que mi obra, con menos polémica y menos citas, será el primer libro que se ha escrito en la ciencia en el siglo xix; dígame un periódico portugués que ha hecho de mis lecciones notable elogio, y dígame Vd. mismo, en fin, fijándose cualquier punto de los que yo creo probados de un modo concluyente, y que según Vd. solo he podido *pretender* probar. Le reto a Vd. a que

me demuestre la insuficiencia de mi argumentacion. Escoja Vd. el punto que Vd. quiera.

Eso es lo que debe Vd. hacer, si quiere sostener debidamente su pabellon, sin que le valga la escusa de que el asunto es de gran magnitud, por lo cual no puede tratarse de él en un periódico. No hay un patenque más adecuado que este; porque así todos tienen noticia del debate; así todos leen; siempre se generaliza más la doctrina, que en discusiones académicas y en libros. Estoy seguro que han de tener más lectores estas cartas que mi obra.

Tiene Vd. por difícil mi empeño, y supone que para salir airoso de él apelo al usado recurso de hacer salir lo único, de su contrario lo múltiple, y a ciertas salvedades tan poco fundadas que encubren mal el deseo de conciliar las apariencias, dejando en todo su vigor las deducciones lógicas de los principios; en prueba de lo cual, me copia Vd. un párrafo de mi leccion 16.ª

Así concluye Vd. el párrafo 8.º, y sigue en el 9.º, no esponiendo, sino discutiendo como refutador acerca de lo consignado en el pasaje que me copia, y de lo dicho por mí en el resto de la leccion.

Vamos por partes, mi querido Dr. Nieto, que aquí está Vd. involucrando muchas cosas en poco trecho, atribuyéndome ideas y doctrinas que no son mías, ó haciéndome decir cosas que no he dicho.

Probar que mi doctrina no es materialista en el sentido que Vd. lo dá a entender, no me ha sido difícil; lo que sí es difícil, es demostrar que no tengo razon. Emprenda Vd. esa tarea y nos veremos. Hágame Vd. ver que no puedo dejar satisfecho al más escrupuloso, y entonces podrá Vd. hablar con fundamento de dificultades.

Para salir airoso de mi empeño no he apelado al usado recurso de buscar la unidad en la multiplicidad. Respecto de muchos puntos en que he dividido mi tesis, sobre no ser materialista mi doctrina, nada tiene que ver eso; mi argumentacion ha girado sobre otros polos.

Lo único con lo cual puede tener relacion eso de hacer salir la unidad de la multiplicidad, es el punto del *yo*, de la *conciencia*. Yo sostengo que por ser muchos los órganos de la vida psíquica no se destruye la unidad del ser moral é intelectual, como no se destruye la unidad del ser físico por ser muchos los órganos de la vida nutritiva. Bajo uno y otro aspecto la unidad del ser es compleja, resultante de la multiplicidad.

Mire Vd. el *yo*, no como una entidad fantástica absurdamente indivisible, cual lo han hecho los *yóistas*, sino como una voz de sentido colectivo que representa el cuerpo y alma de cada cual, como un pronombre según ha sido siempre en la gramática, y así debe ser en la lógica y en la psicología. Mire Vd. la *conciencia* como sinónima de reflexion, puesto que no es otra cosa, y entonces verá Vd. como el *yo*, como la *conciencia* es un todo complejo, una unidad formada de muchos que concurren a un mismo fin.

No digo más sobre eso porque he de volver a ello, cuando me haga cargo del segundo artículo de Vd., en el cual le toca Vd. más por estenso.

Tampoco he apelado a salvedades para conciliar apariencias. El párrafo que Vd. me copia está fuera de su lugar. En mi leccion 16.ª con lo que le precede y sigue, está bien puesto y a nadie chocará. Aislado como Vd. le presenta, no puede dar a comprender su verdadero sentido.

Yo le tengo a Vd. por un adversario noble y leal, y por lo mismo no quisiera que procediese Vd. de esa suerte citando pasajes mios.

Yo digo lo que Vd. me copia, refiriéndome a lo que he dicho más por estenso en otra parte, y con motivo de probar que no es materialista mi doctrina, afirmando que las facultades están dadas como potencias activas de la materia en los irracionales, y como potencias secundarias debidas a la influencia del alma en el hombre. En mi primera carta ya he tocado este punto, y lo que allí he dicho debería bastar para contestarle a Vd. Mas para que Vd. se convenza de que estoy en terreno firme, añadiré aquí algunas reflexiones más que considero muy del caso.

Mi salvedad no es ningún efugio, no es una conciliacion de apariencias; es un acatamiento al dogma del país; es una concesion a la filosofía espiritualista; es un reconocimiento de la limitada inteligencia humana, como inferior en luces a la fe; es otro ejemplo parecido a la lucha ó discordancia entre el movimiento de la tierra afirmado por Galileo y negado por el libro de Josué; entre la duracion de millones de años que da la geología moderna a la tierra, y los cuatro mil y pico que le dá la Vulgata; entre lo que dice el Génesis de la serpiente y lo que enseñan los naturalistas acerca de la organizacion de ese reptil, hecho para arrastrar, entre una multitud en fin de verdades naturales é inconcusas y otras verdades divinas.

Dios no ha criado esos dos órdenes de verdades en oposicion; están en armonía; y no porque nosotros no la veamos en el acto, hemos de negarla. Esperemos; que así como con el tiempo se han ido conciliando las que parecían más contradictorias, así sucederá con la que le dá a Vd. tanta guerra.

Dios nos revelará algún día, como efecto de la inmensidad de su benevolencia, cómo la materia en los irracionales puede hacer lo que hace sin espíritus, y cómo la del hombre necesita de un alma para ello.

Usted cree que dejo en todo su vigor las deducciones lógicas de los principios. ¿Quiere Vd. decir con eso que de la actividad intelectual y moral de la materia en los irracionales, que de la negacion del alma de los brutos se ha de seguir lógicamente la del hombre? Guárdese Vd. de cometer ese pecado no venial.

¿Qué es lo que cree Vd. más fuerte y atendible, la lógica ó la revelacion? Si cree Vd. que la última es más autorizada, cierre Vd. los ojos y haga Vd. lo que San Agustín: *credo quia absurdum*. La fe está representada por una doncella ó matrona con los ojos vendados. Esta alegoría ó ese simbolo le dice a Vd. que ahí no se anda con lógica.

Aplique Vd. a eso lo que he dicho hace poco de los puntos de doctrina científica discordes con las Sagradas Escrituras.

Si el rigor lógico puede conducir de lo que digo de las plantas é irracionales a la negacion del alma en el hombre, como Vd. supone, ese mismo rigor puede conducir tambien de la necesidad de un alma para que la materia del hombre haga lo que hace, a la necesidad de un alma para los monos, elefantes, caballos, perros, aves, peces, reptiles, insectos, moluscos, zoófitos é infusorios, y por poco que apriete Vd. las clavijas, no habrá razon para negar su alma a los vegetales, ya que no a los minerales. ¿Y qué haremos luego de todas esas almas? ¿Morirán cuando su cuerpo respectivo, ó les concederemos como Bonet inmortalidad? ¿Habrá para ellas gloria, purgatorio, limbo é infierno, según sean animales de bien, ó de *movais sugetos*?

Ya vé Vd. en qué berengenal nos iríamos metiendo con la severidad lógica. Créame Vd., mi querido doctor: ese es un asunto que peor es meneallo. Usemos de la razon, de la ló-

gica rigórosa en las ciencias humanas; y en lo que se roce con la religion ó el dogma, fé seca.

No es culpa mia si no puedo conciliar más las verdades naturales que yo sostengo, con el dogma, y algo más difícil le ha de ser a Vd. esa conciliacion, como no se resuelva a negar aquellas; y si tolero eso que Vd. llama con alguna gracia superfetacion, ya he dicho hasta la saciedad los motivos que tengo para ello.

Si los físicos y naturalistas han podido tranquilizar *ciertas* temores respecto de teorías opuestas a las Sagradas Escrituras, calificándolas de hipótesis, mientras no se ha encontrado un medio hábil y satisfactorio de armonizarlas, mejor los puedo yo tranquilizar, acogiéndome a la verdad flagrante de que Dios no ha puesto incompatibilidad entre las verdades naturales y las divinas, y reconociendo que la limitada inteligencia humana no siempre sabe conciliarlas.

Por último, ¿no hallaría el rigor lógico en el hombre, en la materia del hombre, algo que no se halla en la de los animales para hacer emanar de la teoría la existencia del alma, en vez de darle por único apoyo la fe? Si ya no fuese el mayor grado de potencia que tiene el ser humano en punto a facultades intelectuales y sentimientos, ¿no lo serian sus facultades artísticas, reducidas a cero en los animales?

Esa facultad creadora exclusiva del hombre, la de ser poeta, artista, ¿no le basta a Vd. para exigir un alma en la materia que crea? Y no me venga Vd. diciendo que eso no es mas que un grado mayor de actividad; que así como la materia hace una cosa, puede hacer la otra; porque entonces le cojeré a Vd., partidario de las fuerzas vitales, en una flagrante contradiccion. Use Vd. del mismo rigor lógico al tratar de la vida, no exija fuerzas de naturaleza diferente para los fenómenos de las existencias organizadas, solo porque la materia orgánica existe de otro modo que la inorgánica ó mineral.

Basta ya de este punto, que nuestra muceta amarilla va tomando el color blanco, y a mí no me gusta esa mudanza de color.

El modo como concluye Vd. el párrafo 9.º me supone cosas infundadas. Siquiera admitiendo el alma por las razones que he indicado, haga depender de ella la unidad del hombre, no sostengo que la division absoluta de las facultades no se oponga al carácter *indivisible* de la conciencia; porque para mí la conciencia no es indivisible.

He dicho que la constituye la reflexion auxiliada de las demás facultades; la reflexion se compone de comparacion y causalidad; por lo tanto, la conciencia es divisible y se divide. Cousin le dá tres elementos: *sentir, querer y conocer*; y yo he probado que aun mirándola como ese filósofo, debería tener otro elemento mas: *recordar*.

Tampoco añado que no contando con el alma puede sostenerse que en realidad el hombre es un compuesto y el *yo* una abstraccion. Con alma y sin alma el hombre es siempre un compuesto, física y psíquicamente considerado, y el *yo* una voz de sentido abstracto que representa, como un pronombre, ese compuesto, y si no es eso, no es nada; es el mayor de los *flatus vocis*, como diría Roscelino.

El párrafo 10.º está bien, es el mejor de todo el artículo; porque es un fiel extracto de mis lecciones relativas al innatismo y modo de ser de las facultades humanas.

En cuanto al 11.º ya tenemos algo que decir; porque afirma Vd. que del innatismo sostenido por mí al fatalismo, no media mas que un paso.

No replicaré aquí sobre este punto, tanto por la estension de esta carta, como porque es otro de los que Vd. agita en el segundo artículo, y allí nos hemos de ver más despacio.

Sobre los últimos párrafos tampoco me ocurre nada, los paso y así concluyo este escrito.

Resulta pues, que el extracto que ha hecho Vd. de mis *Lecciones* no ha sido cual cumple a todo crítico que quiere dar a sus lectores una idea cabal de un libro.

Yo le disimulo a Vd. la sobriedad, por no decir la negacion completa de esas frases benévolas con que un autor puede ver recompensados sus desvelos y afanes, cuando advierte, en medio de la censura, tal cual espresion satisfactoria destinada a señalar los méritos y bellezas de su obra, si los tiene.

El estudio y trabajo, ya que no otra cosa, que esas lecciones improvisadas revelan; su origen y el modo como se dieron; la concurrencia y naturaleza de mi auditorio, y las demostraciones de este durante el curso, creo, puede que me ofusque el amor propio; creo, repito, que merecian por parte de Vd., mi buen amigo, alguna galanteria más de las que ha usado Vd. conmigo, sin temor de que el público tomara las frases laudatorias, por esos lugares comunes de compadrazgo con que se ensalza a un escritor *amigo, simpático ó de pandilla*, siquiera no vea luego el lector engañado, de acuerdo con el mérito del libro, el ruido del bombo y platillos que se ha hecho al dar cuenta de él en un periódico.

Lo que no puedo menos de sentir es que haya hecho Vd. con mi obra algo que se parece a lo que hizo D. Quijote con su celada de carton, la que fué luego fácilmente destruida con cuatro tajos y mandobles.

Pero aun así y todo, espero mediante Dios y la lógica, probarle a Vd. que mi obra es algo más que una celada de carton.

Hasta mas ver, mi querido doctor; siendo siempre su atento amigo,

El Dr. Mata.

PRENSA MEDICA.

TERAPÉUTICA.

Inflamaciones cutáneas: sulfato de hierro.

Sabido es que el sulfato de hierro ha sido propuesto para combatir ciertas afecciones cutáneas, y que VEAU ha recomendado una pomada hecha con esta sustancia contra la erisipela. Pues bien, el Sr. Bertz confirma con experimentos propios los resultados favorables que contra las inflamaciones cutáneas se han atribuido al sulfato de hierro. La pomada que el autor propone y emplea, se compone de 4 gramos (1 dracma) de sulfato de hierro por 30 id. (1 onza) de grasa; cuya pomada debe presentar un color blanco, cuando la preparacion del hierro tiene toda la pureza química necesaria. Si se emplea mayor cantidad de sal de hierro, añade el autor, se produce un eczema urente, que de ninguna manera es necesario para la curacion. En los niños y en los adultos cuya piel es delicada, ó cuando se dan fuertes fricciones con la pomada, sobreviene la inflamacion de la piel, aun cuando se empleen las dosis antes mencio-

nadas. El Sr. BERTZ recomienda con especialidad la pomada de hierro en el exantema de Gürtel, en el que no solo impide la erupción de nuevas vesículas, sino que produce rápidamente la desecación de las existentes. También tiene dicha pomada la propiedad de calmar la comezon y el dolor del zona, lo cual la recomienda extraordinariamente, porque suele ser muy difícil combatir los mencionados síntomas en la última enfermedad indicada.

OBSTETRICIA.

Hidrorrea de las mujeres embarazadas: patología de esta afección.

Leemos sobre este asunto en la *Gazette hebdomadaire* lo siguiente:

La hidrorrea del embarazo ó falsas-aguas ha sido considerada alternativamente, como producida por una secreción de la alantoides, como procedente de la rotura del corion, como resultante de la expulsión de una parte del líquido oscuro que existe entre la decidua vera y la decidua reflexa. Algunos autores han creído que reconocía por causa la trasudación del líquido amniótico á través de las membranas del feto; háse invocado también para explicarla, ya la rotura de una hidátide situada cerca del cuello, ya también la rotura de un huevo supernumerario. Háse supuesto, por último, que las falsas-aguas eran el líquido amniótico, al que las membranas del huevo daban paso rompiéndose en un punto más ó menos lejano del cuello del útero.

Décese á NOEGELE el haber reconocido que la hidrorrea del embarazo es un producto de secreción del útero. La ha descrito en su *Manual de partos*, número 534, como una exudación albuminosa, que se efectúa en la superficie interna del útero (*endometritis serosa*) de una manera intermitente, se insinúa entre el corion y la caduca, donde desprende á la caduca misma, y forma así una especie de reservorio más ó menos voluminoso, situado cerca del cuello, y cuyo contenido se escapa por intervalos.

Esta opinión se halla confirmada por las reflexiones siguientes:

Obsérvanse, fuera del estado de embarazo, excreciones albuminosas en mujeres que padecen diversas afecciones orgánicas del útero, principalmente tumores fibroides. En los casos de hidrorrea, ni el corion ni el amnios presentan alteraciones; la cantidad del líquido amniótico no se halla disminuida; por último, se encuentra en los casos de este género, en la superficie convexa de la placenta, una especie de falsa membrana blanda que, al examen microscópico, parece constituida por tejido areolar; cuya última circunstancia existía en el caso siguiente observado por el doctor BRAUN.

El 7 de junio de 1857 fué admitida en la clínica de este profesor una mujer de 23 años de edad, la cual había perdido en varias veces, durante el embarazo y también el día de su admisión, una enorme cantidad de líquido por las partes genitales. La bolsa de las aguas se formó irregularmente, y cuando se rompió salieron como unas seis libras de líquido amniótico. La criatura no era de término; tenía en las palmas de las manos y en las plantas de los pies ampollas de péntigo; la piel estaba en varios puntos privada de dérmis. Al día siguiente por la mañana murió, habiéndose verificado naturalmente la expulsión de las secundinas. Las membranas del huevo no presentaban vestigio alguno de desgarradura, si se exceptúa el punto por donde había salido el feto. No se presentó accidente alguno durante el puerperio, y la paciente salió del hospital en muy buen estado á los quince días del parto.

El profesor WELB examinó con cuidado las membranas del huevo, y no pudo descubrir señal alguna de rotura anormal; pero encontró en la superficie convexa de la placenta una membrana blanda, compuesta de tejido areolar, y que pendía en varios puntos en forma de colgajos. Parece probable en virtud de esto, que se había verificado en el caso de que se trata, una exudación entre la pared interna del útero y la superficie convexa de la placenta. Una parte de esta exudación se había organizado, en términos de formar la falsa membrana; la otra parte se había proporcionado salida desprendiendo las membranas del huevo, y había producido las falsas-aguas.

PATOLOGIA INTERNA.

Púrpura: consideraciones sobre esta enfermedad.

Segun el Sr. GINTAC, los principales caracteres de esta enfermedad pueden resumirse de la manera siguiente:

- 1.º Ataca á los dos sexos igualmente, y á veces más bien á las mujeres que á los hombres;
- 2.º En la segunda mitad de la vida es cuando hay más exposición á padecerla;
- 3.º Es epidémica y no contagiosa;
- 4.º Se observa en primavera, y parece depender á veces de la influencia de un calor fuerte;
- 5.º Va precedida de un estado inflamatorio, nervioso ó saburral;
- 6.º En los casos observados por el Sr. GINTAC se pronunció por un conjunto de síntomas muy análogos á los que marcan los prodromos, la época de incubación y el período de invasión de las fiebres eruptivas. Estos síntomas consistían en laxitudes, dolores vagos en los miembros y en el dorso, cefalalgia, fiebre intensa, ansiedad precordial, y una respiración difícil, y aun suspiriosa, que denotaba un trabajo morbos interior, un esfuerzo de eliminación más ó menos penoso;
- 7.º Del segundo al séptimo día aparecían manchas petequiales. Es de observar que esta erupción no seguía el orden indicado para la mayor parte de los demás

exantemas. En el cuello, en el pecho, en la parte interna de los brazos, y no en la cara, era donde las petequias se manifestaban primero. Algunas veces iban precedidas de rubicundez, de hinchazón de la piel, y hasta de chapas análogas á las de la urticaria. Su extensión era variable, su forma ordinariamente redondeada, su color rojo, de púrpura ó violado, y hasta negruzco. Su aparición iba con frecuencia acompañada de sudores copiosos;

8.º La erupción petequial era algunas veces seguida de alivio; otras, no se mitigaban los síntomas, antes por el contrario, ofrecían un carácter grave, acompañados de agitación, insomnio y delirio;

9.º Por lo general existía durante toda la enfermedad una sensación de profunda debilidad, aun cuando algunas veces el pulso estaba bastante desenvuelto, y la proporción de la fibrina de la sangre parecía bastante considerable;

10.º La terminación se verificaba de una manera por lo regular feliz, durante el segundo ó tercer setenario, á consecuencia de sudores abundantes, ó de flujos de orina sedimentosa ó de cámaras diarréicas;

11.º El tratamiento ha debido ser comunmente muy sencillo y puramente expectante. Hânse empleado las emisiones sanguíneas, los revulsivos, los cordiales, los evacuantes, segun el predominio de la hiperestesia ó de la hipostenia, ó la coincidencia con un estado saburroso.

Delirium tremens: expectacion en esta enfermedad.

En una Memoria sobre este asunto, el Dr. LAYEOCK, profesor de clinica médica en la Universidad de Edimburgo, combate la opinion de que el delirium tremens sea debido á la interrupción del uso de los alcohólicos y la cesación de un hábito que puede llamarse fisiológico; condena la administración casi esclusiva de los alcohólicos; no está por la administración del opio; se opone al tratamiento por medio del emético y de los vomitivos, que solo considera útil en el principio y cuando hay complicaciones saburrosas manifestadas, y, apoyado en 15 observaciones propias, recomienda la expectacion prudente, que permite, dice, á la enfermedad gastarse ó acabarse por si misma, quedando el enfermo á cubierto de nuevas causas de excitación.

Hé aquí como formula dicho profesor las principales reglas que han de seguirse, en el *Edimburg Medical Journal*:

- 1.º Se colocará al enfermo en un estado de reposo muscular lo más completo posible, lo cual se consigue por medio del descanso en la cama. Si por la forma de su delirio rehusase permanecer en cama, sería preferible dejarle levantar, á retenerle á la fuerza.
- 2.º Se evitarán todas las excitaciones y todas las emociones morales.
- 3.º Se le alimentará ligeramente, escluyendo los licores fermentados.
- 4.º Se favorecerá la diaforesis y las funciones de eliminación.
- 5.º Se mantendrá caliente la piel; pero si se observase demasiado calor en la cabeza, será preciso cortar el pelo y aplicar algunas compresas frías. Cuando hay insomnio, les recomiendo que tomen entre nueve y diez de la noche una cantidad bastante considerable de una sopa ligera, con algunas cucharadas de vino después, lo cual es el mejor medio de producir el sueño.

ANATOMIA PATOLÓGICA.

Lombrices en el hígado.

Es curiosa la observación siguiente publicada en los *Annales Omodei*. Practicando el Sr. MATREI la autopsia de un hombre de 40 años, en cuyo tubo digestivo existían muchas lombrices, observó dos prominencias en la cara convexa del hígado; abiertas estas, se encontró en cada una una cavidad, en la que se alojaba una lombriz en medio de un líquido turbio purulento; no quedando duda, en virtud de la inflamación del parénquima que las rodeaba, de que dichas lombrices habían penetrado en la mencionada entraña durante la vida.

QUIMICA ORGÁNICA.

Vivianita: su formación en el organismo vivo.

El Sr. SEMER ha demostrado por medio de la análisis química, que la coloración azul que á veces presenta el pus, es debida á un fosfato de hierro en estado amorfo. Esta misma sal es la que colora en azul los restos humanos ó animales que llevan mucho tiempo enterrados. La demostración de este hecho es debida al Sr. NICKLES, que halló en los huesos humanos el fosfato de hierro cristalizado, bajo una forma propia de la vivianita de los mineralogistas.

PRENSA FARMACEUTICA.

Quinum, de A. Zabarrague.

De la *Gazette médicale d'Orient* tomamos el siguiente artículo, publicado antes en la *Revue pharmaceutique de Dorrville*.

El quinum no es otra cosa que un extracto alcohólico de quina con el y dosificado. Para prepararle se toman cortezas cuya composición es conocida, se las mezcla en términos de obtener un producto en el que la quina se halla relativamente á la cinconina en la proporción de dos partes de la primera de estas sustancias por una de la segunda. Las cortezas machacadas se mezclan con la mitad de su peso de cal apagada en agua. La mezcla se trata por el alcohol hirviendo hasta el agotamiento, los líquidos se destilan para separar la mayor parte del alcohol; después la evaporación da una sustancia de consistencia de extracto, que ha recibido el nombre de quinum.

Cuarenta gramos y 50 centigramos (40 dracmas y 40 granos) de este extracto, deben dar por los procedimientos conocidos:

Sulfato de quina.	4	gramo (18 gran.)
— de cinconina.	50,0	centigr. (10 id.)

Ó 100 gramos deben dar:

Sulfato de quina.	22	gramos (30 c.)
— de cinconina.	41	— (10 c.)

Se administran en forma de píldoras ó de vino. Hé aquí la fórmula de esta última preparación:

Quinum.	4,50
Disuélvase en doce veces su peso de alcohol á 36º Cartier y mézclese con	
Vino blanco generoso.	1 litro.

Filtrese.
Este vino contiene 1 gramo y 50 c. de los dos alcaloides por 1000.

Dosis de 50 á 100 gr. (onza y media á tres) como tónico; de 100 á 200 gr. como febrífugo.

Es necesario recurrir, dice el Sr. BOUCHARDET, á este producto siempre que se trata de curar una fiebre antigua con seguridad y sin sacudimientos, ó bien cuando los enfermos permanecen en las localidades ó en las condiciones en que han sido acometidos por la fiebre. En Argelia, en los Dombes y el departamento del Yonne, países de fiebres y donde las causas que las han dado origen persisten, se han obtenido muy buenos resultados. Sin embargo, se empleará siempre el sulfato de quina cuando sea preciso cortar un acceso con seguridad y prontitud; nada puede sustituir á esta sal en los accesos perniciosos. En las fiebres intermitentes desarrolladas lejos de los focos donde han tomado origen, la expectacion sola basta en el mayor número de casos para la curación: el sulfato de quina es, en tales condiciones, el auxiliar más precioso de la expectacion, y los enfermos se curan rápidamente.

La Academia de Medicina de Paris ha admitido el quinum en el número de los medicamentos nuevos que deben ser inscritos en la próxima edición del *Codex*.

Por la Prensa médica y farmacéutica, E. CASTELO SERRA.

PARTE OFICIAL.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

En sesión de 27 del actual ha acordado esta corporación lo que sigue:

«Declarar oficialmente que las opiniones consignadas en los discursos de los Académicos, publicados ó que se publiquen en lo sucesivo por la Academia, pertenecen solo á sus autores.»

Madrid 29 de enero de 1859.—El secretario de gobierno, Matías Nieto Serrano.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

SECRETARIA GENERAL.

Por comunicación recibida en la Junta directiva con posterioridad al acuerdo de la misma de 7 del corriente, inserto en El Siglo Médico, núm. 262, se pone en su conocimiento haberse hecho la elección de cargos para la delegada de Santander en 30 de diciembre último, habiendo recaído el nombramiento en los socios que á continuación se expresan:

Presidente.	D. Antonio Verástegui, médico.
Contador.	D. Juan Mons, médico.
Tesorero.	D. José Fornés, médico.
Secretario.	D. Cándido de la Portilla, médico.

Y enterada la Junta Directiva, ha acordado, en sesión del 25, que se dé á reconocer esta Junta á la Sociedad como constituida definitivamente con arreglo á lo prevenido en el art. 16 del *Capítulo adicional de los Estatutos*, y á la circular de la directiva de 8 de diciembre último.

Lo que por acuerdo de la Junta se publica para los efectos consiguientes. Madrid 27 de enero de 1859.—El secretario general, Luis Colodron.

ADVERTENCIA.

Para los socios que se dirijen á esta secretaria general consultando algunas dudas sobre el pago del primer plazo de cuota de entrada que tienen satisfecho, con motivo de la patente provisional que se remite á todos, como se manifestó por esta secretaria en el número anterior de El Siglo Médico, debe advertirse: que, en las aclaraciones insertas en el mismo, encontrarán resueltas todas las dudas; no teniendo que hacer pago alguno hasta el segundo plazo, que será en los meses de abril y mayo, los que hubiesen ya verificado el del primero, desde que se abrió el pago voluntario de este mismo.

Los que todavía no hubiesen hecho el abono del *primer plazo de cuota de entrada*, deberán efectuarle hasta el último día de febrero próximo, para evitar los perjuicios que se les irrogarian de no realizar el pago en el plazo legal establecido.

Y los que, habiendo sido admitidos con las ventajas señaladas para los fundadores en los artículos 6.º y 2.º párrafo del 7.º del *Capítulo adicional de los Estatutos*, no hubiesen entregado aun la cantidad que por este beneficio les corresponde satisfacer segun lo determinado en los mismos artículos, tienen igualmente que verificarlo antes ó al mismo tiempo que hagan el pago del primer plazo de cuota de entrada que se está realizando, cuyo término espira el 28 de febrero próximo.

Madrid 27 de enero de 1859.—El secretario general, Luis Colodron.

Continúa el estado demostrativo de los socios fundadores que empezó a publicarse en el número 261.

JUNTA DELEGADA DE VALLADOLID.

NOMBRES Y PROFESION DE LOS INTERESADOS.	RESIDENCIA.		Haber de beneficio que han entregado para las ventajas		ACCIONES que tienen declaradas.	OBSERVACIONES.
	Pueblo.	Provincia.	del artículo 6.º	del artículo 7.º		
D. José de Parga y Martínez, médico.	Toro.	Zamora.	241-21	»	9 de 3. ^a	
Mariano Zapata y Ortega, médico.	Valladolid.	Valladolid.	104-15	»	6 de 1. ^a	
Máximo Ruiz, médico.	Id.	Id.	53-13	»	3 de 2. ^a	
Antonio Villar y Macías, farmacéutico.	Id.	Id.	158-32	»	3 de 2. ^a	
José María Blanco, médico.	Valoria la Buena.	Id.	»	140.	5 de 2. ^a	
Cárlos Quijano, médico.	Valladolid.	Id.	148-33	»	8 de 4. ^a	Con la restricción del art. 2.º de los Estatutos.
Dámaso Torices, cirujano.	Id.	Id.	»	»	3 de 2. ^a	Tiene que hacer el pago de beneficio para las ventajas de fundador.
Casto Gomez y Calahorra, cirujano.	Id.	Id.	160-23	»	6 de 3. ^a	
Antonio Vieta y Sala, médico.	Peñaflor.	Id.	173-16	»	4 de 4. ^a	
Patricio Jimenez y Sanchez, médico.	Bejar.	Salamanca.	252-18	»	10 de 2. ^a	
Bernardo Caballero de la Rúa, médico.	Villamor de los Escuderos.	Zamora.	»	»	10 de 4. ^a	
Francisco García del Río, cirujano.	Berrueces.	Valladolid.	92-22	»	4 de 2. ^a	
Manuel Alonso Rodríguez, médico.	Villalba del Alcor.	Id.	»	»	4 de 3. ^a	
Tomás Pelaez Calvo, médico.	Villalpando.	Id.	»	336	12 de 3. ^a	
Eulogio Escudero, cirujano.	Monasterio de Vega.	Id.	»	»	5 de 3. ^a	
Miguel González y González, médico.	Tordehumos.	Id.	»	280	10 de 3. ^a	
Fructuoso Navarro y Tariego, médico.	Rioseco.	Id.	241-21	»	9 de 3. ^a	
Leoncio Sanchez Ocaña, médico.	Valladolid.	Id.	177-3	»	7 de 2. ^a	
Anastasio Perillan y García, médico.	Id.	Id.	»	»	6 de 2. ^a	
Agustín Sanfrutos Mendez, cirujano.	Villalpando.	Id.	118-32	»	6 de 2. ^a	
El mismo por aumento.	Id.	Id.	»	»	1 de 4. ^a	
Manuel Marín Fernandez, cirujano.	Gordoncillo.	Id.	320-26	»	3 de 4. ^a	
Antonino Macho Hernandez, farmacéutico.	Palenzuela.	Id.	»	»	6 de 1. ^a	
Guillermo Compagni y Labajos, médico.	Alcañices.	Zamora.	221-22	»	9 de 3. ^a	
			2468-27	756	446	

NOTA. No se incluye en el Estado que precede del distrito de Valladolid, á los Sres. D. Juan Sastre Minguela, D. Félix Barrenechea, D. Andrés Alvarez Fernandez, D. Ildefonso Gonzalez Aguado y D. José Garcia Gonzalez, por constar en esta secretaría que recogieron sus haberes de liquidación de la tesorería de la Junta delegada, antes de la instalación de la Sociedad; mas se les colocará en el lugar correspondiente del registro, si antes del último día de febrero próximo, en que espira el término de pago del primer plazo de la cuota de entrada, abonon los espresados haberes y su respectiva cuota en la tesorería de distrito, ó en la general, segun está prevenido.

JUNTA DELEGADA DE ZARAGOZA.

NOMBRES Y PROFESION DE LOS INTERESADOS.	RESIDENCIA.		Haber de beneficio que han entregado para las ventajas		ACCIONES que tienen declaradas.	OBSERVACIONES.
	Pueblo.	Provincia.	del artículo 6.º	del artículo 7.º		
D. Manuel Fornés, médico.	Zaragoza.	Zaragoza.	200-22	»	10 de 1. ^a	
Diego Lanuza, médico.	Id.	Id.	138-32	»	6 de 2. ^a	
Juan Beguer, médico.	Id.	Id.	129-29	»	7 de 1. ^a	
Mariano Villuendas, cirujano.	Id.	Id.	128-2	»	6 de 2. ^a	
Gregorio Guedea y Artiguez, médico.	Calatayud.	Id.	170-26	»	8 de 2. ^a	
Antonio Gonzalvo, cirujano.	Zaragoza.	Id.	128-2	»	6 de 2. ^a	
Juan Trisovares, médico.	Lumpiaque.	Id.	118-32	»	6 de 2. ^a	
Juan José Píernas, médico.	Zaragoza.	Id.	241-20	»	9 de 3. ^a	
Félix de Azua y Monsalvo, médico.	Id.	Id.	231-20	»	10 de 2. ^a	
Isidro Roncales y Garrórena, cirujano.	Id.	Id.	98-33	»	5 de 2. ^a	
Antonio Saun, cirujano.	Id.	Id.	116-9	»	5 de 2. ^a	
Antonio Roncales, médico.	Daroca.	Id.	118-32	»	6 de 2. ^a	
José Romeo y Gallardo, farmacéutico.	La Almunia.	Id.	190-26	»	6 de 4. ^a	
Sebastian Velilla é Insa, médico.	Caspe.	Id.	111-22	»	3 de 1. ^a	
Isidro Valero, médico.	Magallon.	Id.	138-32	»	8 de 1. ^a	
Genaro Casas y Sessé, médico.	Egea de los caballeros.	Id.	138-32	»	8 de 1. ^a	
Miguel Pina, médico.	La Almunia.	Id.	129-29	»	7 de 1. ^a	
Anastasio Zardoya, farmacéutico.	Calatayud.	Id.	213-14	»	10 de 2. ^a	
Jacobo Carilla, farmacéutico.	Sos.	Id.	170-26	»	8 de 2. ^a	Sin derecho á pension en caso de imposibilitarse para la profesion por enfermedad del ojo que tiene útil.
Lucas Burillo, médico.	Calamocha.	Teruel.	213-14	»	5 de 2. ^a	
Bienvenido Manuel Blasco y Tomás, méd.	Valdejalgorfa.	Id.	118-32	»	6 de 2. ^a	
José Jardiel, cirujano.	Hijar.	Id.	162-19	»	7 de 2. ^a	
Pedro Juan Andrés y Ramos, cirujano.	Cutanda.	Id.	138-32	»	6 de 1. ^a	
Pedro Roa y García, cirujano.	Caminreal.	Id.	134-15	»	5 de 3. ^a	
Rafael Abad, cirujano.	Calamocha.	Id.	98-33	»	5 de 2. ^a	
José Ráfales, médico.	Bujaraloz.	Zaragoza.	136-8	»	6 de 3. ^a	
Francisco Bernard y Simon, médico.	Burgo de Ebro.	Id.	181-22	»	8 de 3. ^a	
José Mañas, médico.	Jelsa.	Id.	110-28	»	6 de 2. ^a	
Miguel Chulilla y Juncar, médico.	Novillas.	Id.	97-4	»	6 de 1. ^a	
José María Ungo, médico.	Utebo.	Id.	98-4	»	4 de 3. ^a	
Pedro Juan Lopez y Fontan, cirujano.	La Almunia.	Id.	221-22	»	9 de 3. ^a	
Fernán Guerra, médico.	Torres de Berrellen.	Id.	132-21	»	5 de 4. ^a	
Pascual de Gracia y Bernad, médico.	Maria de la Cruz.	Id.	»	»	8 de 3. ^a	
Pedro Juan Burriel y Ramos, médico.	Panizax.	Id.	»	»	6 de 4. ^a	
Ildefonso Pradas y Gonzalvo, cirujano.	Puebla de Alfinden.	Id.	106-8	»	4 de 4. ^a	
Antonio Betran, médico.	Id.	Id.	241-21	»	6 de 3. ^a	
Gabriel García Enguita, médico.	Zaragoza.	Id.	»	»	10 de 3. ^a	
Félix Castañer y Aznar, farmacéutico.	Id.	Id.	»	»	10 de 1. ^a	
Marcelo Guallart y Beguer, médico.	Id.	Id.	»	»	7 de 2. ^a	
Cristóbal Boyrá y Romeo, médico.	Id.	Id.	128-32	»	6 de 2. ^a	
Francisco Escudero, médico.	Id.	Id.	173-16	»	10 de 1. ^a	
Francisco Pratosi y Piedrafita, médico.	Id.	Id.	197-2	»	8 de 3. ^a	
Gregorio Calvo y Gomez, cirujano.	Id.	Id.	190-26	»	6 de 4. ^a	
Vicente Bruno, médico.	Id.	Id.	170-26	»	8 de 2. ^a	
Luis Cerrada, cirujano.	Id.	Id.	134-15	»	5 de 3. ^a	
Victorian Pablo Menendez, médico.	Albalate del Arzobispo.	Teruel.	129-29	»	5 de 1. ^a	
Pablo Bachiller y Julian, médico.	Zaragoza.	Zaragoza.	134-15	»	4 de 3. ^a	
Simon Moncin, médico.	Id.	Id.	98-4	»	4 de 4. ^a	
Fernando Monforte, cirujano.	Id.	Id.	122-20	»	5 de 3. ^a	
José María Miguélena y Jandúa, cirujano.	Id.	Id.	255-7	»	6 de 4. ^a	
Agustín Garrórena, cirujano.	Id.	Id.	190-26	»	6 de 4. ^a	
Bruno Castellano y Rubio, farmacéutico.	Id.	Id.	158-32	»	3 de 4. ^a	
Manuel de la Muela y Solana, médico.	Id.	Id.	255-7	»	8 de 4. ^a	
Anselmo Llanas, médico.	Huesca.	Huesca.	»	»	5 de 1. ^a	
Manuel Soliva, cirujano.	Castelserás.	Teruel.	134-15	»	4 de 3. ^a	
Manuel Latorre y Latasa, cirujano.	Villarquemado.	Id.	291-2	»	7 de 1. ^a	
Manuel Martínez y Melendez, médico.	Fuentes Claras.	Id.	98-33	»	5 de 2. ^a	
El mismo por aumento.	Id.	Id.	»	»	4 de 3. ^a	Tiene que hacer el pago del 20 por 100 de beneficio para las ventajas de fundador.

D. José Salvador y Alcover, médico.	Codoñera.	Teruel.	98—33	»	5 de 2. ^a
Pedro José Iranzo y Feced, médico.	Mora de Rubielos.	Id.	98—33	»	4 de 2. ^a
Ramon Garcia y Estéban, médico.	Id.	Id.	98—33	»	4 de 2. ^a
Cipriano Barceló, médico. (Aumento).	Zaragoza.	Zaragoza.	»	»	6 de 4. ^a
José Perez y Salcedo, cirujano.	Bubierca.	Id.	107—6	»	4 de 3. ^a
Juan Pablo Erdozain, farmacéutico.	Uriés.	Id.	104—12	»	4 de 1. ^a
Calisto Vicente Altabas, médico.	La Almolida.	Id.	170—26	»	8 de 2. ^a
Andrés Moliner, médico.	Villarroya de la Sierra.	Id.	170—26	»	8 de 2. ^a
Mariano Lahoz, cirujano.	Cetina.	Id.	69—31	»	4 de 1. ^a
Francisco Guimbao, médico.	Perales.	Id.	107—6	»	4 de 2. ^a
Antonio Castro y Santaliestra, médico.	Encinacorba.	Id.	136—8	»	6 de 3. ^a
Manuel Ester, médico.	Terrer.	Id.	»	97—60	4 de 2. ^a
Francisco Albar, médico.	Velilla de Ebro.	Id.	209—24	»	5 de 2. ^a
José Perez y Sarlabús, médico.	Sarrion.	Teruel.	»	128	4 de 4. ^a
Eustaquio Navarro, cirujano.	Huesa.	Id.	122—20	»	3 de 3. ^a
Tomás Cantino y Lizama, cirujano.	Bello.	Id.	98—4	»	4 de 3. ^a
Mariano Ibero, médico.	Cosuenda.	Id.	126—8	»	5 de 2. ^a
Tomás Senao y Diaz, cirujano.	Pradilla.	Zaragoza.	116—9	»	5 de 2. ^a
Ramon Orrit, cirujano.	Chiprana.	Id.	117—2	»	2 de 1. ^a y 2 de 3. ^a
Pantaleon Minguella, cirujano.	Luceni.	Id.	126—8	»	5 de 2. ^a
Domingo Clavero, médico.	Pastriz.	Id.	»	»	6 de 4. ^a
Antonio Jimeno Gascon, cirujano.	Aguilon.	Id.	64—16	»	3 de 2. ^a
El mismo por aumento.	Id.	Id.	»	97—60	1 de 5. ^a
Juan Navarro y Rodriguez, médico.	Teruel.	Teruel.	138—32	»	8 de 1. ^a
El mismo por aumento.	Id.	Id.	»	»	4 de 2. ^a
Felipe Ezquerro, médico.	Zaragoza.	Zaragoza.	158—32	»	5 de 4. ^a
Narciso Hernandez, cirujano.	Id.	Id.	160—25	»	6 de 3. ^a
Eustaquio Martin Martinez, médico.	Belmonte.	Id.	241—21	»	5 de 3. ^a
Francisco Gutierrez y Cebrian, cirujano.	Castejon de Valdejasa.	Id.	216—6	»	4 de 5. ^a
Mariano Carilla y Estaun, farmacéutico.	Jaca.	Huesca.	»	»	6 de 2. ^a
Tiburcio Baselga y Perea, médico.	Id.	Id.	»	»	6 de 3. ^a
Bernardo Artero y Borderas, médico.	Pozal de Vera.	Id.	119—30	»	4 de 1. ^a
Manuel Lambea y Marco, cirujano.	Odon.	Teruel.	»	»	5 de 4. ^a
Juan Guitarte, médico.	Cutanda.	Id.	160—25	»	6 de 1. ^a
Vicente Salas, cirujano.	Zaragoza.	Zaragoza.	136—8	»	6 de 3. ^a
Segundo Sanchez, cirujano.	Luna.	Id.	»	»	6 de 3. ^a
Mariano Vidal, médico.	Calaceyte.	Teruel.	253—7	»	8 de 4. ^a
Mariano Muniesa, cirujano.	Campillo de las Dueñas.	Zaragoza.	99—30	»	5 de 1. ^a
Leandro Boned, matemático.	Zaragoza.	Id.	118—32	»	6 de 2. ^a
Serafin Abad y Catalán, médico.	Villareal del Campo.	Id.	149—28	»	2 de 2. ^a
Bernardo Gascon, médico.	Monforte.	Teruel.	253—7	»	6 de 4. ^a
José Cayo de la Peña, cirujano.	Malon.	Zaragoza.	279—21	»	8 de 3. ^a
Cipriano Barceló, médico. (Aumento).	Zaragoza.	Id.	»	»	2 de 4. ^a

12611—9 323—20 583

VARIETADES.

ACLIMATACION.

Pues que la razón no basta, apelemos a la lógica de los números y de la autoridad; y si tampoco así convencemos, abandonemos a nuestros contrarios en las tinieblas del error.

Nosotros.

Parece imposible que haya llegado el caso de probar con números, que la fiebre amarilla es la única enfermedad que ocasiona en nuestro ejército de las Antillas, las enormes bajas que todos deploramos, como enfermedad reinante en aquel país, pues todas las demás que allí sufren nuestros soldados, ni son tan graves, ni atacan con tanta generalidad, ni dejan más o menos de sufrirlos en otros puntos que no son los referidos de la zona tropical; pues como hemos dicho en nuestro artículo anterior, las personas más vulgares no tienen otro motivo en qué apoyar su temor de trasladarse a ellos, ni el Gobierno otro objeto que el de la imparcialidad y justicia, al sortear las tropas, que por tal temor, rehúsan marchar para ocupar los enormes vacíos que en aquellas filas hizo tal enfermedad.

Imposible parece, que al asegurar, como aseguramos, que los naturales de Canarias sufren la fiebre amarilla en nuestras Antillas, poco más o menos como los españoles, se nos haya creído destituidos de sólido fundamento, como lo están los que aseguran, que es conveniente que el Gobierno determine la aclimatación gradual de nuestras tropas en Canarias.

Imposible parece todo esto, y más imposible todavía el que tengamos que probarlo contra opiniones cuyas pruebas precisas y sólidas no hemos pedido, por no poner en conflicto al autor: cuando hemos rogado por la paz, basada en una convicción racional y sensata, sin la violencia contundente de los números, ni tampoco la de la autoridad; y todo, contra un periódico que aconseja al Gobierno y a sus cuerpos consultivos; que los amenaza y conmina por no acallar «el grito unánime de la opinión pública» que dice que ha suscitado con su consejo, asegurando que esto no se conseguirá mientras no se adopte su opinión, porque de otro modo «LA HIGIENE NO SE HALLA ATACADA.» Vamos, pues, al asunto, y concretándonos a lo fundamental de esta cuestión, sin descender al análisis, ni distraernos en otras colaterales y digresivas, limitémonos a probar:

1.º Que contra la opinión de ese periódico (1), la fiebre amarilla es la enfermedad principalísima para nuestros soldados en las Antillas, única que domina la cuestión de aclimatación, y única también, que por su especialísima importancia en aquel país, debe fijar la atención del Gobierno en este problema de higiene pública.

(1) Porque dice terminantemente que, «fundados en una inexacta apreciación de nuestras opiniones (las de ese periódico) al aconsejar a nosotros (ellos) la conveniencia de la aclimatación gradual, no lo han hecho atendiendo tan solo a la fiebre amarilla, ni han citado para nada esta enfermedad.» Y en otro lugar: que habiendo mirado nosotros a la ligera los consejos del tal periódico, hemos supuesto «que tenían por objeto disminuir los estragos de la fiebre amarilla en nuestro ejército de América, siendo así que no hemos (han) hecho mención alguna de semejante enfermedad, ni aludido a ella de ninguna manera.»

2.º Que para iluminar la ignorancia en que confiesa estar ese periódico (1), los naturales de Canarias también la padecen poco más o menos como nuestros españoles peninsulares.

Importancia absoluta de la fiebre amarilla.

Causan espanto verdaderamente las cifras que señalan la mortalidad que esta enfermedad ocasiona en los que pasan a ocupar los países en que es endémica, tanto, que al leerlas, al sumar las inmensas pérdidas que cada año ha sufrido la humanidad en el Nuevo Mundo desde la fecha de su descubrimiento, casi nos vemos tentados a considerar este como uno de los más tristes hallazgos del hombre. Es inútil que lo digamos todo, pues para el asunto que nos proponemos, bastará una pequeña muestra:

Durante el período comprendido entre los años 1787 y 1850 se elevó la mortalidad media de esta enfermedad en New-Orleans a la cifra de 22,38 por 100, según el Dr. E. H. Barton (2).

La armada inglesa de Jamaica del tiempo de Hunter perdió exactamente la proporción de 25 por 100 (3), pues aunque Mr. Moreau de Jones dice que no se elevó mas que a 22 por 100 a fin del último siglo y principios del presente (4), no se ha tenido en cuenta que ya se había descubierto la salubridad de las alturas de la Isla, y muy particularmente de Maroon-Fown en 1794 (5). (No creemos que compare el periódico que combatimos esta aclimatación en las alturas de los países endémicos, a su aclimatación preparatoria de Canarias.)

La mortalidad, en fin, de la fiebre amarilla se ha elevado muchas veces en distintos países en donde es endémica, y por circunstancias casi siempre desconocidas, a las enormes cifras medias de 94, 99 y 100 por 100 de los atacados (6).

Circunscribiéndonos ahora a nuestra grande Antilla, podemos presentar datos estadísticos muy concluyentes, no solo porque siempre han sido hacerse en aquellos hospitales por el ilustrado cuerpo de Sanidad militar, sino porque por los años de 1854, 55 y 56 se hicieron muchas tablas y muy curiosas, con motivo de los ensayos de inoculación preservativa del vómito negro del Dr. Humboldt. De todos estos, unos hechos por las notabilidades médicas de la Habana y otros (los exactos de ellos) publicados por el Dr. Manzini (7), del cual hemos tomado algunos de los referidos, extractaremos lo más importante a nuestro propósito.

Por aquel tiempo, noticioso el Gobernador de la

Martínica de que el Gobierno de la isla de Cuba autorizaba los ensayos de Humboldt en el ejército, creyó conveniente cerciorarse de la verdad que pudiera tener tan beneficioso descubrimiento, y comisionó a los doctores médicos MM. Riou-Kerangal y Longuetan, y el farmacéutico M. J. J. A. Pichaud, los cuales llegaron a la Habana en el mes de junio de 1853, y entre los datos previos que adquirieron fué uno de ellos, que la proporción media de la mortandad de los recién llegados a la isla era de un 25 por 100 de los atacados (por supuesto, de la fiebre amarilla solamente). Esto nos consta a nosotros a ciencia cierta, sobre que puede verse también consignado en la ob. cit. del Dr. Manzini. Asimismo nos consta, que esta cifra es excesiva en algunas ocasiones, y muy corta en otras en que alcanza la mortalidad media muy mayores proporciones. Y no se diga que esto es solamente en la Habana, pues casi suele ser siempre proporcionalmente mayor en Santiago de Cuba y aun en algunos pueblos del interior, que son por regla general algo más sanos, pues es ciertísimo, que en el año de 1856, en la guarnición de Sancti Spiritus, compuesta de 451 soldados, se presentaron durante los meses de mayo, junio, julio y agosto, 103 casos de fiebre amarilla, siendo mortales 27 de ellos, los que elevan la mortandad a la proporción media de 27,7 por 100.

Según el informe del Sr. Bastarreche, director del Cuerpo de Sanidad militar de la isla, presentado al Gobierno en 25 de enero de 1856, resulta lo siguiente sobre la mortandad de la fiebre amarilla durante los años de 1854 y 55:

1854: Invadidos 2,009. Muertos 441
1855: — 512. — 176

Según el mismo informe:
No inoculados: Invadidos 1,309, muertos 301, proporción 22,99/100. Inoculados: invadidos 228, muertos 67, proporción 29,39/100.

Y siendo estas cantidades homogéneas, por cuanto solamente se trata de la fiebre amarilla, y la inoculación no produjo evidentemente efecto alguno beneficioso, tendremos:

1,537 atacados, con 368 muertos (solamente durante el período de las inoculaciones). Vaya Vd., querido cofrade, sacando esa proporción que falta, mientras, por si acaso cree Vd. que esto sucedería solamente en un año de mucha mortandad, le extractamos la correspondiente a un quinquenio, únicamente en el Hospital militar de la Habana.

Años.	Atacados.	Muertos.	Proporción.
1850	414	4	36,03/1000
1851	595	78	131,09/1000
1852	524	51	97,88/1000
1853	1,040	194	186,53/1000
1854	2,009	441	219,51/1000

Y esto, solo relativamente a la fiebre amarilla sola, diáfana é incontrovertible, como decíamos en nuestro artículo anterior; porque no es tampoco grano de anís la mortandad de la fiebre biliosa correspondiente a los mismos años, cuya entidad absoluta no sabemos ciertamente cómo separar en los recién llegados de la entidad absoluta fiebre amarilla, y allá va la prueba:

Fiebre biliosa en los mismos años, en el propio Hospital y en la misma clase de gentes.

Años.	Atacados.	Muertos.	Proporción.
1830	100	11	110,00/1000
1831	744	6	8,06/1000
1832	222	6	27,02/1000
1833	185	10	54,05/1000
1834	296	31	104,72/1000

Si nuestro cofrade aconsejador ha visto lo que es esa fiebre biliosa de los países cálidos en los recién llegados (que nos parece que no), y no se le hace escrúpulo de conciencia en echarla hacia el lado de la fiebre amarilla, su hermana gemela, por lo menos, y por lo cual no tendrían que absolverle ni de *levi*, puede sumar esta mortandad media quinquenal con la mortandad media quinquenal también de la fiebre amarilla, y estasiarse en los resultados de ambas generales sumas, que nosotros no hacemos ahora porque estamos muy deprimidos y tenemos un cierto horror a esos cálculos en que tantos cadáveres se apilan.

No queremos ensañarnos. Nos parece que basta con lo dicho, citado y numerado, para que nuestro cofrade selle su labio y tenga en lo sucesivo en más estima esa *poderosa* fiebre que, más cruel que todas las guerras conocidas, abate y pulveriza la cuarta parte, al menos, de nuestro valiente ejército en pocos meses de permanencia en aquel país, no sea que, si llega a ir allá para estudiar, antes de aconsejar al Gobierno, lo que nos parece indispensable en esta materia, se ensañe con él resentida de haberla tenido en poco. Un prudente temor suele ser muy útil en aquel país, pues con esa enfermedad no reza el dicho de *Malte-Brun* «Une ferme résolution de ne point se laisser vaincre par une maladie, est l'avis de tous les médecins, un des remèdes les plus efficaces, pour se roidir contre l'influenza d'un climat nouveau (1).»

Importancia relativa de la fiebre amarilla.

Como durante el periodo de la inoculación preservativa se hiló tan delgado el estambre de la estadística, nos permitirá nuestro cofrade que nos atengamos, en primer lugar, a lo que se trabajó en ese periodo, gran parte de lo cual, con las correcciones necesarias en el punto que se dirá, puede verse en la ob. cit. del Dr. M. Manzini.

Tomemos pues el tipo de 2,477 individuos que fueron los inoculados desde el 18 de diciembre de 1834, hasta el 28 de junio de 1835, cuyo tiempo de permanencia en la isla se comprende en un periodo de 13 años, hasta algunos días, del siguiente modo:

De 13 años.	4
11.	2
10.	4
9.	2
8.	9
7.	5
6.	6
5.	13
4.	15
3.	41
2.	268
1.	249
De 6 meses.	587
De días.	1,378
Total.	2,477

De los interrogatorios hechos a todos estos individuos acerca de sus historias patológicas respectivas, antes de proceder a la inoculación, resultó que habían padecido, salvo sean ligeros errores diagnósticos, porque no todos estos pudieron comprobarse por los estados de los hospitales, las enfermedades siguientes del modo que se verá:

Enfermedades.	Número de individuos.
Fiebres efemeras ?	73
— intermitentes.	73
— remitentes.	33
Cólera morbo.	5
Viruelas.	3
Inflamaciones agudas con fiebre (2).	25
Total.	212

De modo que, habiéndose tenido presentes todos los casos de fiebre presentados durante los primeros diez y ocho meses de permanencia de los individuos en la isla, los 1,378 restantes que solo estaban unos días, no habían padecido allí enfermedad alguna. Ahora bien: por aquella fecha la totalidad de 2,477 individuos, solo habían padecido dentro del periodo de 13 años hasta algunos días 212 enfermedades, entre las que deben comprenderse varias de las que cita ese periódico, y al concluir las experiencias resulta, que de los mismos 2,477 fueron atacados, solamente de la fiebre amarilla en la corta fecha en que se resolvió la cuestión de la inoculación, 228 con 67 muertos; es decir: que en los 2,477 hombres, escude el número solo de la fiebre amarilla, en el guarismo de 16 al total de todas las enfermedades referidas, y eso que podemos incluir en ellas la *encefalitis* (3), *hepatitis*, *angina gangrenosa*, etc.

Nos hacemos cargo, de que no sabemos, aparte de

(1) Malte-Brun.—*Geographie universelle*, 5.^a edit. Paris, 1835. P. 560.

(2) Meta Vd., querido colega, en esta partida todas esas enfermedades que cita como son: *encefalitis*, *hepatitis*, *angina gangrenosa*, etc., porque el lugar y ocasión se presentan como pintados.

(3) No podemos resistir aquí ya la tentación de decir, que esta es la enfermedad que más tiene nos hace de cuantas cita el aconsejador: ¿qué querrá decir?

los 67 muertos, la suerte patológica ulterior de aquellos 1,378 pertenecientes a los inoculados que solo contaban en la isla algunos días de permanencia. Mejor será tomar la cuestión más de lleno, por ejemplo, en un periodo de 6 años, y para esto nos viene pintada la tablita siguiente, que su paciencia se prestará a leer y su discurso a deducir por ella algo de la verdadera importancia de la enfermedad en cuestión, sumada y restada ya de varios modos y en dos distintas combinaciones, con diferentes enfermedades, entre las que probablemente, distinguirá su perspicacia varias de aquellas que refirió, usurpando para ellas la importancia de la fiebre amarilla. Esto lo hará el aconsejador de muy buena gana, mientras nosotros ojeamos unos parralillos que luego vendrán.

HOSPITAL MILITAR DE LA HABANA.

Cálculo de la mortandad de la fiebre amarilla sola; unida a las demás fiebres, menos el cólera, disenteria, fiebres eruptivas y anginas febriles: de todas las fiebres solamente menos la amarilla y demás citadas, en un periodo de seis años (1).

AÑOS.	Todas las fiebres menos la amarilla.		La amarilla con las demás fiebres.		La fiebre amarilla solamente.	
	Atacados.	Muertos.	Atacados.	Muertos.	Atacados.	Muertos.
1830	774	26	882	30	444	4
1831	2,193	58	2,788	136	595	78
1832	1,447	101	1,674	152	524	51
1833	525	68	1,565	262	1,040	194
1834	719	55	2,728	496	2,009	441
1835	1,554	32	2,066	178	512	176
	6,909	340	11,400	1,254	4,791	944

Pero dejemos ya el Hospital militar de la Habana, no sea que en él sucedan estas cosas y en otras partes no: y aquí encajariamos todos los mamotretos estadísticos de todos los hospitales de la isla, lo cual sería un despropósito, y más pudiendo presentar sumas generales comprensivas de lo que pasa en todos ellos, extractadas de una obra muy reciente (2), a cuyo final aparece una tabla general muy curiosa. En esta tabla, desentendiéndonos de las columnas dedicadas al cólera, tisis, viruelas, oftalmias y sífilis, quedan las siguientes columnas: *fiebre amarilla*, *calenturas*, *varias enfermedades* (aquí caben todas las que dice el aconsejador, menos las intermitentes que no las sacará de donde dice *calenturas*): pues bien; los totales generales resultantes de las observaciones hechas en todos los hospitales militares de la isla, relativos a estas tres últimas partidas, que son las que nos importan durante el año de 1834, son los siguientes:

	Atacados.	Muertos.	Proporción.
Fiebre amarilla (sola).	2,878	622	22,61/100
Calenturas (intermitentes etc.)	13,014	300	2,31/100
Varias enfermedades.	9,225	157	1,92/100

En estas tres partidas, querido cofrade, está sin duda la enfermedad cuya importancia nosotros defendemos, y las otras a que Vd. se refiere para aconsejar al Gobierno y a sus cuerpos consultivos. En la partida «*calenturas*» hallará Vd. sus *intermitentes perniciosas*, y si encuentra Vd. entre esas *calenturas* alguna *fiebre amarilla leve*, déjela por allá y váyase por alguna *calentura simple* que nosotros podemos toparnos trasapelada entre las *fiebres amarillas*: y en la partida de «*varias enfermedades*» encaje y embuta todas las *disenterias*, *encefalitis*, *hepatitis*, *anginas gangrenosas* y *todas las varias afecciones graves* que Vd. tenga presentes para la aclimatación en *Canarias*, que bien ancho es el costal; pero por más que Vd. se afane y aglomere, nunca levantará Vd. la proporción de todas juntas sobre la de 1,92 por 100: y si quiere sumar esta proporción con la de la partida *calenturas*, súmelas (que más generosos no podemos ser, que consintiéndole reunir contra nuestra triste y única *fiebre amarilla*, no solamente todas las enfermedades que cita, sino también todas las que no cita), y de esa suma resultará el 4,23/100 que mucho tiene que crecer para llegar a la espantable proporción de 22,61/100 que representa la mortandad de la terrible fiebre amarilla, neta, pura, diáfana é incontróvertible.

No nos ensañemos. Basta ya de números, y para calmar la irritación que los cálculos producen en el cerebro, refresquémolos con el suave rocío de los siguientes parralillos de uno que se conoce que estudió el país aquel, más que el aconsejador: por lo menos estuvo allí.

«Los meses menos favorables para la existencia humana (dice el Sr. La Sagra) (3), parecen ser en la Habana los de marzo, febrero y enero... y los más favorables ó de menos mortandad los de noviembre, diciembre, junio y setiembre.» (Sigue una tabla que lo comprueba.) (T. I. p. 175.)

«Hemos visto que la tendencia a bajar se advierte en los meses de verano y ascender en el invierno, en la mortandad considerada en general: la de los hospitales nos presenta un fenómeno contrario; es a saber: incremento en los meses de verano y disminución en los de invierno. De modo que la distribución de los fallecidos en los hospitales se hace en el orden siguiente:» (pág. 176.)

«Meses de mayor mortandad: junio, julio, agosto y mayo.»

«Meses de menos mortandad: enero, febrero, marzo, noviembre y abril.»

(1) Están corregidas las erratas del original de Manzini.

(2) *Topografía médica de la isla de Cuba*, por el Dr. D. Ramon Piña y Peñuela.

(3) Hist. nat. física, econ. y pol. de la isla de Cuba.—T. I.

(Los cálculos están hechos por el Sr. La Sagra sobre los hospitales de S. Ambrosio y de S. Juan de Dios durante los años de 1825 a 1829, y sobre el de *Estranjeros* de 1820 a 1824.)

Esto consiste en que (atención, cofrade) «el hospital de S. Ambrosio recibe los enfermos del ejército y de la marina española, en los cuales acontece la mayor mortandad en seis meses consecutivos, desde junio hasta octubre: desciende luego de la media y baja a las mínimas de marzo, febrero y enero...»

«Al hospital de S. Juan de Dios van muchos individuos pobres de la población, y en las últimas edades de la vida humana...»

«Por último, la mortandad de estranjeros no domiciliados y transeúntes, que aparece de los entierros verificados en su cementerio especial, presenta un curso semejante al de la curva del hospital de S. Ambrosio; esto es, un ascenso rápido desde el mes de enero a los de mayo, junio y julio, que presentan un máximo aun más duradero, y un descenso despues hasta diciembre. Realmente se puede decir (¡atención profunda! querido cofrade), que el curso de estas curvas

representa el de la epidemia de la fiebre amarilla, que haciendo sus mayores estragos en los hombres blancos no naturales del país, porque mujeres van allí pocas, produce la desviación del curso natural en la curva de la mortandad general, ó sea un segundo máximo de estío (1). Si el país estuviera solo habitado por individuos nacidos en él, la regularidad de la curva sería constante; pero la emigración, esponiendo a sufrir una enfermedad endémica, da origen a un incremento de mortandad en el verano, que de otro modo no aconteciera» (Pág. 177.)

Con que ¿qué le parece a vuestra solicitud aconsejadora de una enfermedad que, por sí sola, puede desviar y desvia la regularidad de la curva en la mortandad general de un país, produciendo un máximo en aquel mismo mes (junio), en que por la ley general climatológica debiera haber un mínimo de mortandad? ¿Le parece a Vd. que en una cuestión de higiene pública, como la que Vd. ha suscitado, se puede tratar con tanto desden la enfermedad más importante; como el que supone el rehusar nombrarla y el no aludir a ella para nada?

Demostrada ya la importancia eminente de la fiebre amarilla entre los soldados de nuestro ejército de Cuba, probemos ahora el otro extremo, a saber:

Cómo los naturales de las islas Canarias, en donde se quiere aclimatar previamente estos mismos soldados, también la padecen, poco más ó menos, como los demás españoles peninsulares.

Tratando de este mismo asunto en nuestro artículo anterior, y apoyados en la fé que creemos merecer al sentar terminantemente una proposición, como penetrados que estamos de la gravedad é importancia de nuestra misión periodística, a la cual jamás hemos faltado, faltamos ni faltaremos, defendiendo el error á sabiendas, á lo cual nos espondríamos, sentando proposiciones de cuya verdad no estuviéramos sinceramente penetrados, decíamos: «Aquí se nos pedirán los datos estadísticos; pero estos no se han publicado todavía hasta el presente, de modo que comprendan y especifiquen este punto ó al menos no han llegado á nuestro conocimiento, solo si el dictamen de respetables profesores que han tenido en aquel país una vasta clientela, y nos aseguran haber observado lo referido (en cuanto a la fiebre amarilla en los naturales de Canarias), lo cual debe por ahora bastarnos á nosotros y al periódico á que aludimos.» Ese periódico, sin embargo, dice: «*vengan los datos*...»; pues bien, allá van; pero entienda, que ha intentado abrir una honda herida en la fé periodística que merecen los hombres graves que á tan beneficioso trabajo se consagran, la cual, como es claro, se le torna en daño propio: que no revela la gran pasión por la verdad el que, sin razón, duda de la veracidad de los demás, lo cual, en el importante y especialísimo papel que hoy desempeña en España la prensa médica, sosteniendo casi sola la vida propia de la medicina patria, es un daño inmenso; y, en fin, que si accedemos á comprobar nuestro aserto, citando nombres propios de profesores que se prestan con repugnancia á sufrir la sospechosa crítica de ese periódico, es, porque ellos tienen tanto amor á la verdad como nosotros, cuya santa pasión se alza é irgue sobre toda miseria humana, y porque confían en hacer el bien y colocar en punto de verdad esa cuestión de higiene que tanto interesa á nuestro desgraciado ejército de las Antillas.

El Sr. D. José Lletor Castroverde, Dr. en medicina y cirugía, que ha permanecido veinte años en la isla de Cuba entregado exclusivamente á la práctica médica, y que ha merecido ser mucho tiempo Decano de la Facultad de medicina de la Habana, nos autoriza para que digamos aquí lo que en varias ocasiones nos ha referido tocante á este particular, á saber: que ha visitado á gran número de naturales de *Canarias*, que allí llaman *isleños*, atacados leve y gravemente de la *fiebre amarilla endémica*, de los cuales muchos han muerto, y que comparando el número de estos isleños que allá van y mueren ó padecen esta enfermedad, con el número de peninsulares del ejército de mar y tierra y otros particulares que también van allá y la sufren y mueren de ella, no observa proporcionalmente ventaja alguna positiva que tengan los *isleños* sobre los peninsulares de ciertas provincias de España, aunque sobre este punto es lamentable que no haya todavía estadísticas formales que

(1) Véanse en la página 211 las enormes desviaciones que hacia el mes de junio presentan las curvas de mortandad gráficamente trazadas correspondientes á los hospitales de S. Ambrosio y *Estranjeros*.

especificuen el grado de mortandad de esta enfermedad, según las diferentes provincias de que son naturales los españoles que pasan á Cuba.

El Sr. D. José Garófalo y Sanchez, que pasó á la isla de Cuba en el año de 1855, con el único objeto de estudiar á fondo la *Historia natural médica y enfermedades propias de aquel país*, protegido por el Gobierno, en donde permaneció cerca de 3 años dedicado á la práctica y realización de su objeto, principalmente en el departamento oriental de la isla, siendo infatigable, como nos consta, en la averiguación de toda suerte de noticias y conocimientos útiles al asunto, también nos asegura haber asistido á varios isleños atacados de la fiebre amarilla endémica, de los cuales unos curaban y otros morían, sin que pudiese haber observado ventaja alguna que tengan estos sobre los naturales de la Península, atendida la proporción entre el número de ellos que ha visto y el de estos otros, y sin perder de vista la circunstancia muy importante de que, los naturales de Canarias suelen casi todos dedicarse en la isla de Cuba á la vida campestre, que trae consigo el cultivo de los campos en el grado de actividad y trabajo que allí acepta y sufre bien la raza blanca, cuyo ejercicio, haciéndoles habitar los puntos del interior más libres de la influencia endémica, hace, acaso, que se los tenga como más inmunes para esta enfermedad; pero que en realidad, no es así: de donde infiere este médico, que si fuera compatible con las necesidades del servicio militar la diseminación de las tropas en los campos del interior de la isla, probablemente se conseguiría, mientras durase esta diseminación y acampamiento, disminuir los estragos de la endemia.

El Dr. Gibernau, en un periódico que dirige actualmente con el título de *El Consultor higiénico*, al ver el calor con que el periódico á que nos referimos defiende la conveniencia que imagina de la aclimatación gradual de nuestras tropas en Canarias, fué el primero á combatir semejante idea, como se vé en una variedad del número 48 del referido periódico, en la cual, después de negar resueltamente tal conveniencia, añade como prueba lo siguiente: «En algunas repúblicas del Sud América, donde después de su emancipación dieron libertad á los esclavos y hay escasez de trabajadores por haberse hecho aquellos todos soldados, flotan de vez en cuando buques para Canarias, donde los cargan de trabajadores que, halagados por la fortuna que dicen les espera, emigran familias enteras á aquellas zonas. «Buques hemos visto (parece que el Sr. Gibernau es testigo presencial de lo que dice) con dos ó trescientos de esos infelices, cuyo pasaje se lo paga el gobierno de la República donde van á recalcar. Créanos ó no nuestro cofrade, las dos terceras partes de esos canarios, que allí llaman isleños, antes de concluir el año son víctimas de la fiebre y de la disenteria. Y es opinión común y muy recibida, que de todos los extranjeros, los isleños y alemanes son los que más diezman las enfermedades epidémicas intertropicales.»

Por las dos pruebas primeras vemos lo que sucede con los canarios en nuestra isla de Cuba, y por la tercera lo que les acontece en la América del Sur, en orden á su aclimatación en aquellos países, y todo testificado por personas que dicen lo hemos visto. Nos parece, pues, que quedará con esto iluminada la ignorancia del aconsejador y advertido para lo sucesivo, que en asuntos como los de aconsejar al Gobierno y á sus cuerpos consultivos no es bueno ignorar nada de lo que atañe á aquello mismo que se aconseja; y para conseguir con solidez tan indispensable circunstancia, no hay mejor que trasladarse allende el Atlántico y verlo por propios ojos; y si esto no puede ser, callar y dejar que aconsejen los cuerpos respetables de la *Sanidad del ejército y Armada*, únicos que, aparte de tal cual persona muy rara, tienen todos los conocimientos y necesarios datos para resolver cuestiones de tanta importancia.

De todo lo cual, razonado, numerado y autorizado, dirigido directamente á la cuestión de *higiene pública militar* que, atendidos originariamente los principios de la cuestión, formulamos de este modo:—¿Es conveniente que el Gobierno determine la permanencia temporaria de nuestras tropas en Canarias, antes de pasar á las Antillas?—Y desentendidos de las infinitas cuestiones colaterales y accesorias que de ella surgen, por no creerlas del caso, teniendo, como tenemos y se ha visto, pruebas directas que la resuelven negativamente sin necesidad de descender á un análisis prolijo de los hechos, concluimos:

1.º Que la *fiebre amarilla* es la enfermedad más mortífera, propia de aquel país, que sufren nuestras tropas.

2.º Que ataca más generalmente que todas las demás, comparándolas con ella una á una, y aun casi sumadas todas las propias de aquel país y generales á todos, contra la *fiebre* en cuestión, todavía resulta en favor de esta, fuera de las epidemias, el triste privilegio de una superioridad mortífera.

3.º Que por estas circunstancias, la *fiebre amarilla* es la única enfermedad que el Gobierno y los cuerpos consultivos deben tener presente para los asuntos de higiene pública militar, y no ninguna otra, ni todas las demás reunidas, en cuanto á lo que toca á la especialidad morbosa de aquel país.

4.º Que no es racional ni esperimentalmente posible (lo de experimental, por la analogía de lo que sucede con los mismos españoles en los países cálidos en punto á aclimatación) que la permanencia de un año en Canarias de nuestras tropas sea bastante para aclimatarlas en estas islas, por punto general, de manera que adquieran la misma naturaleza de los naturales de esas tierras.

5.º Que suponiendo que esto se consiguiera, puesto que hemos probado que los naturales de Canarias sufren la fiebre amarilla proporcionalmente como los de-

más españoles peninsulares, claro está, que no se había conseguido el objeto que el Gobierno debe proponerse, al tomar una medida de higiene pública costosa, cual es el de disminuir la verdadera mortandad de nuestro ejército en las Antillas, y tanto menos, cuanto que, por punto general, no permiten las necesidades del servicio á nuestros soldados alejarse mucho, como á los colonos de Canarias, de los focos endémicos, como son las costas, donde están situadas las más importantes poblaciones, que es preciso guarnecer; hallándose este beneficio totalmente vedado á la marina, que en manera alguna puede abandonar sus buques.

Dr. Alfonso.

Almanaque médico del mes de febrero.

Siempre se ha hecho notable el mes de febrero en esta corte por la variedad y frecuencia con que han reinado los temporales: á días bonancibles y serenos, propios de primavera, han solido seguir otros borrascosos y desapacibles, comunes de un invierno riguroso; y muy posible es que suceda esto último, si atendemos á los frios secos, fuertes y constantes que reinaron en enero. Como quiera que sea, es fácil que el barómetro y el termómetro ofrezcan notables oscilaciones; que el primero tan pronto se le vea á las 25 pulgadas y 10 líneas, como á las 26 pulgadas y 5 líneas, y el segundo de 2—0 á 10+0: diferencias que, unidas á la irregularidad de los vientos que acostumbran soplar del 1.º y 4.º cuadrante, hacen que reinen muchos temporales, en los que no faltan las lluvias y aun las nieves.

Semejantes variaciones atmosféricas y meteorológicas, si llegaran á reinar, de necesidad es que hayan de influir de una manera perjudicial para la salud pública. Es muy común el que todas las enfermedades de febrero participen del elemento catarral é inflamatorio, y esto ya se principió á notar en el último tercio de enero; así es que se presentan bastantes corizas, fluxiones, oftalmías, estomatitis, anginas, calenturas catarrales é inflamatorias, catarros laringeos, bronquiales y pulmonales. No son raras las pleurodinias, pleuresias, neumonías, los dolores neurálgicos, las artritis y las mielitis, y las irritaciones gastro-intestinales, particularmente en los niños y ancianos. Las viruelas, el sarampion, la escarlatina y la coqueluche, son enfermedades que se observan con frecuencia en los niños y aun en los adultos, especialmente las dos primeras erupciones.

Las defunciones suelen ser frecuentes en febrero, ya por la mala indole de las afecciones agudas, ya porque algunas de estas se hacen crónicas, y terminan con la existencia del desgraciado que llega á padecerlas.

Sesiones científicas de los facultativos de la hospitalidad domiciliaria.

En la verificada el 11 de enero en el segundo distrito, se refirió el caso notable de una parturiente, que sufrió una rotura del útero cuando ya el parto estaba bastante adelantado. Así se infiere por los síntomas, y sobre todo por la autopsia, en la que hecha una incisión transversal en la región hipogástrica, «se presentó de vértice un niño, y en el mismo sitio donde se hallaba dicho vértice, la placenta.» En el lado derecho del abdomen se observó un cuerpo redondeado, que se conoció ser la matriz contraída. Esto acredita indudablemente, que pues la matriz se había contraído, el feto había sido espulsado durante la vida; pero es extraño que no se diga nada del tamaño y situación de la rotura del útero, y demás circunstancias anatómicas que el caso debía presentar.

También es de sentir que, conocida la rotura como debió conocerse por los síntomas, no fuera posible practicar antes de la muerte la operación cesárea, para salvar á la madre y tal vez á la criatura.

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—Aunque no tan intensos los frios en la última semana de enero como en las anteriores, sin embargo no dejaron de sentirse con especialidad en las madrugadas, en las que se vió marcar el termómetro 0 y algo menos. La atmósfera por lo regular estuvo despejada, excepto alguna vez en que hubo ráfagas y celajes, y el sábado una niebla densa. El barómetro manifestó la misma presión; y los vientos continuaron los mismos.

En nada han variado las enfermedades reinantes; continúan siendo las mismas, si bien se aumentaron respecto á lo frecuentes que fueron los corizas, las fluxiones á la boca, las ronqueras, las anginas, los catarros de todas especies, las oftalmías, los dolores reumáticos y nerviosos y las fiebres gástricas, inflamatorias y catarrales. Se presentaron algunos casos de congestiones al cerebro, hígado y pulmones, así como de pleurodinias, pleuresias y neumonías; enfermedades todas á cual más graves, de las que sucumbieron algunos pacientes, lo mismo que de afecciones crónicas del pulmón, hígado y tubo digestivo.

En la provincia de Santander se ha desarrollado de algunos meses á esta parte una viruela maligna, que no respeta edades, ni sexo, ni á los vacunados, ni á los que han padecido el mal.

Elección.—En reemplazo del Sr. D. Vicente Asuero, que ha hecho dimisión de su cargo, por ser incompatible con otros que ya tiene aceptados, ha sido elegido vicepresidente de la Real Academia de medicina de Madrid el Sr. D. Luis Martínez Leganés.

Nombramientos.—Han sido nombrados catedráticos supernumerarios de la facultad de medicina de Valencia los Sres. D. Francisco Armet y D. Agustín Morte, y profesor clínico interino de la misma escuela D. Enrique Ferrer.

Curandero.—Según *La Actualidad*, uno de la provincia de Murcia escribe á un pobre enfermo, que le sacará del cuerpo todos los venenos minerales y mercuriales que tenga, mediante el pago de cien duros. Créale el paciente, suelte el mineral que tenga, y es probado.

Hospitalidad domiciliaria.—Se ha dado de término á los profesores del cuerpo de hospitalidad domiciliaria hasta fines de febrero próximo, para cumplimentar el artículo 87 del reglamento, fijando su residencia dentro de la sección á que están destinados, ó á lo menos en parage muy inmediato á ella; entendiéndose que los que no lo hayan verificado dicho día, renuncian por solo este hecho la plaza que desempeñan.

Neurología.—Ha fallecido en esta corte el joven profesor D. Enrique Carrion y Anguiano, hermano del célebre tenor del mismo apellido.

ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.

El médico que reside en San García advierte, por si esta plaza se anunciase vacante, que la ha desempeñado por mas de tres años como titular, y que está resuelto á no pretenderla, y si á permanecer en el pueblo á partido abierto, por razones que manifestará á quien le interese preguntárselas.

VACANTES.

Lo están. La plaza de *médico-cirujano* de S. Roman de la Hornija, provincia de Valladolid; su dotación 3,500 rs. pagados de los fondos del municipio por asistir á los pobres, y además las iguales bajo la base de 50 rs. por vecino labrador, y 20 los que no lo son, ascendiendo el número de los primeros á 110 y el de los segundos á 150; la cobranza de todo será por el ayuntamiento y el pago por trimestres. Las solicitudes hasta el 19 de febrero.

—La de *médico-cirujano* de Pezuela de las Torres, provincia de Madrid, partido de Alcalá de Henares; su población 170 vecinos; su dotación 8,000 rs., pagados 3,000 rs. de propios y gremio de labradores y los 5,000 rs. restantes por reparto vecinal, cuya cobranza es de cuenta del mismo gremio. Las solicitudes á D. Manuel Rubio y Alvarez, secretario del ayuntamiento, en el término de quince días, á contar desde la publicación de este anuncio en *El Siglo Médico*.

—La de *médico-cirujano* del Almendro, provincia de Huelva; su dotación 3,675 rs. pagados trimestralmente de fondos municipales por asistir á los pobres, y además el igualatorio con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 22 de febrero.

—La de *médico-cirujano* de la Vega de Pas, provincia de Santander; su dotación 10,000 rs. satisfechos trimestralmente de fondos municipales. Las solicitudes documentadas al Sr. Alcalde hasta el 24 de febrero.

—La de *médico-cirujano* de Retuerta, provincia de Burgos; su población 150 vecinos; su dotación 6,500 rs. pagados trimestralmente y casa. Las solicitudes á D. Braulio Alonso, de aquella vecindad, hasta el 15 de febrero.

—La de *médico-cirujano* de Carratraca, provincia de Málaga; su dotación 3,500 rs. pagados de fondos municipales por asistir á los pobres, y además el igualatorio con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 15 de febrero.

—La de *médico-cirujano* del Burgo, provincia de Málaga; su dotación 2,200 rs. satisfechos de fondos de propios y además las iguales, que ascenderán á 7,000 rs. Las solicitudes hasta el 15 de febrero.

—La de *médico-cirujano* de Molvizar, provincia de Granada; se anuncia por segunda vez. Las solicitudes hasta el 20 de febrero.

—La de *médico* de Cornago, provincia de Logroño; su dotación 700 rs. pagados por el ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 10 de febrero.

—La de *médico* de Agüero y un anejo, provincia de Huesca; su dotación 70 cahices de trigo y casa. Las solicitudes hasta el 10 de febrero.

—La de *farmacéutico* del Cerro, provincia de Huelva; su población 3,500 almas; su dotación 800 rs. pagados de fondos municipales por suministrar las medicinas á los pobres, y además las iguales con los vecinos pudientes. Las solicitudes al ayuntamiento hasta mediados del mes, con las formalidades debidas.

ANUNCIO.

Se vende una botica acreditada en el mejor punto de Zaragoza. Las personas que deseen pormenores, pueden dirigirse á D. Cayetano Ubeda, calle de la Montera, botica, en Madrid; y á D. José Ubeda, calle del Coso, botica, en Zaragoza.

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. J. E.—El Tiemblo.—La advertencia que se ha insertado en la Estafeta de Partidos deja comprender cuanto Vd. desea, y esplanarla mas sería inútil y aun poco prudente.

Sr. D. J. M. y G.—Hélin.—Se insertará su artículo.

Sr. D. J. G. B.—Cebreros.—Nos ocuparemos muy pronto de ese asunto.

Sr. D. N. P.—Sigüenza.—D. Z. B. G.—Toledo.—Y D. F. C.—Gerona.—Sus escritos tendrán cabida en el periódico en cuanto haya oportunidad.

Dr. G. M.—Génova.—Se recibió con agradecimiento su opúsculo.

Sr. D. A. B.—Hijar.—Creemos que el caso de que Vd. habla necesita aclaración especial, y que los interesados deberían solicitarla del Gobierno.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, principal.